

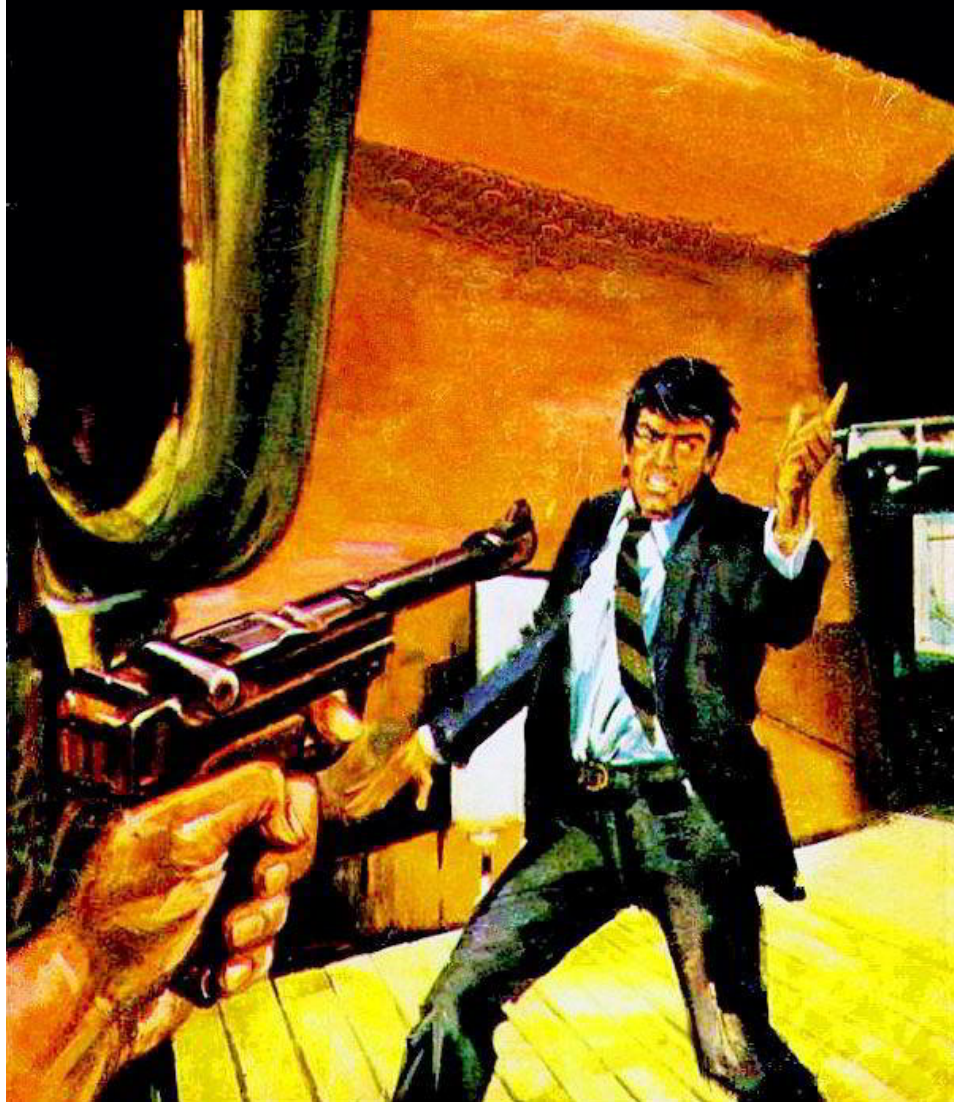
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ESE HOMBRE SABE DEMASIADO

Vic Logan



El automóvil americano, color gris perla, matrícula de París, se detuvo frente al número 327 del *boulevard* Cartier, en el polígono residencial de Larabouse, a veinte kilómetros de la capital.

Cuatro hombres atléticos, con vestimenta propia de la estación veraniega, se apearon en silencio, quedando en el vehículo únicamente el conductor, un tipo joven, de ensortijada melena negra, con aspecto descuidado.

El cuarteto se distribuyó por la calle, como si cada cual supiera de antemano el lugar que debía ocupar.

Uno eligió la inmediata esquina, tras el automóvil. Otro avanzó por la parte delantera hasta situarse cerca de la cabina telefónica, en la que entró como si fuera a realizar una llamada.



Vic Logan

Ese hombre sabe demasiado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1399

ePub r1.0

Lds 02.11.18

Título original: *Ese hombre sabe demasiado*

Vic Logan, 1977

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El automóvil americano, color gris perla, matrícula de París, se detuvo frente al número 327 del *boulevard* Cartier, en el polígono residencial de Larabouse, a veinte kilómetros de la capital.

Cuatro hombres atléticos, con vestimenta propia de la estación veraniega, se apearon en silencio, quedando en el vehículo únicamente el conductor, un tipo joven, de ensortijada melena negra, con aspecto descuidado.

El cuarteto se distribuyó por la calle, como si cada cual supiera de antemano el lugar que debía ocupar.

Uno eligió la inmediata esquina, tras el automóvil. Otro avanzó por la parte delantera hasta situarse cerca de la cabina telefónica, en la que entró como si fuera a realizar una llamada.

El tercero enfiló por el callejón que comunicaba con la parte trasera del edificio, y correspondiente entrada de servicios. Por fin, el último atravesó el *boulevard* en dirección a la plaza cercana, en la que brillaba el anuncio luminoso de un gran supermercado.

El conductor consultó su reloj. Eran las 9.40 de la noche. Sonrió, con aire de triunfo.

El que estaba más próximo a la cabina observó el edificio 327, y alzó la mirada. Sus ojos se detuvieron en el piso 14. Exactamente el último, de cuya terraza surgía una luz tenue. Sonrió también.

En realidad, todo el grupo, convenientemente diseminado, tenía los ojos puestos en aquella iluminada vivienda del elegante barrio residencial, únicamente al alcance de millonarios.

Era relativamente fácil imaginar lo que estaba sucediendo en el dormitorio principal de la morada...

Era una pieza elegante, decorada con gusto, como el resto de la casa. El lujo sobresalía en cada detalle de la vivienda, pero el

hombre que se hallaba desnudo sobre la cama no reparaba en los detalles decorativos. Sus ojos se volvieron hacia la hermosa mujer que estaba a su lado, y, rompiendo el silencio, murmuró:

—Eres una mujer extraña, Ivonne. Realmente extraña, y extraordinariamente bella.

Lo dijo como si sopesara cada una de sus palabras, como si temiera excederse, y deseara únicamente resaltar lo justo.

Ivonne sonrió.

—Viendo de ti esto es realmente un cumplido.

—Me gustas, Ivonne. No voy a negarlo. Y me sorprende que hayas accedido a...

Ella se volvió, con una dulce sonrisa en los labios, y cruzó sobre los del hombre el índice de su mano derecha para indicarle que no siguiera hablando.

—Deseaba estar contigo, Mark.

—¿De veras?

—¿Te sorprende?

—Debería sorprenderme. ¿No?

—No conoces muy bien a las mujeres.

—Nunca he tenido tal presunción. Pero tú...

—¿No has pensado que pueda estar enamorada? —atajó ella suavemente.

—¿Enamorada?

—Tú no crees en el amor. ¿Verdad? Bueno... Olvídalo.

—No, Ivonne... ¿Tratas de decirme que...?

—Olvídalos, por favor, Mark.

—Ivonne. Tú sabes que yo sólo pretendía...

—Sé lo que pretendías, Mark. Y lo has conseguido. Haré lo que tú deseas. Sé el riesgo que voy a correr, pero te daré las pruebas que necesitas para atrapar a Salters.

Mark se sentó en la cama, y buscó el paquete de cigarrillos que había dejado sobre la mesa.

—Ahora no pensaba en esto. De veras.

—No es necesario que mientas, Mark —sonrió ella—. No has dejado de pensar en el asunto, ni un solo segundo.

—No es verdad. Mi día te pertenece. Por lo menos, hasta las once.

—¿Piensas ir a esa reunión?

—Tengo que hacerlo.

Mark buscó en el paquete de cigarrillos. Sólo quedaba uno.

—Enciéndeme uno para mí. ¿Quieres? —pidió ella. Mark ya tenía el pitillo en la boca. Le prendió fuego con el mechero, y se lo ofreció.

—Es el último. Iré a comprar. Hay que ir a ese supermercado que está ahí a la vuelta. —Se incorporó y buscó su ropa—. Voy a vestirme.

—¡No salgas ahora! —exclamó ella, con un brillo extraño en sus ojos.

El se volvió y sonrió. Era extraño ver sonreír a Mark. Ivonne, sin embargo, había conseguido ablandarle, paliar la dureza innata del hombre joven y vigoroso, baqueteado brutalmente por la vida. Ivonne sabía algo de esto.

—No temas, vuelvo en un momento. Creo que puedo salir en mangas de camisa. El conserje no va a escandalizarse, aunque vivamos en un barrio elegante.

Entró en el baño contiguo al dormitorio, y refrescó su rostro con agua del grifo. Salió abrochándose la camisa.

—Toma mi cigarrillo —le ofreció ella—. Pero no salgas...

—Hay dos vicios de los que no puedo prescindir. El tabaco es uno de ellos. Puedo permanecer días enteros sin comer, sin probar una gota de alcohol o de agua, puedo aguantar una paliza sin rechistar, pero necesito tener un cigarrillo entre los dedos.

—¿Cuál es el otro vicio?

—El dinero.

—Creí que ibas a decir las mujeres.

—Con dinero se obtienen. —Y se apresuró a añadir—: Sabes perfectamente que eso no va por ti.

—¡Mark! —exclamó ella, impidiendo que se marchara. El se volvió. Junto a su chaqueta tenía la funda sobaquera, de la que colgaba un revólver. Se inclinó como si fuera a cogerlo. Ella le miraba con deseo. Le suplicaba con la mirada que se acercara, y él lo hizo.

Se besaron.

—Sé lo que es pasarlo mal, Mark. Tengo veintiséis años, pero la vida siempre me mostró su lado malo. Sé que hice cosas que no debía, pero no tengo vocación de mártir. Yo también quería salir de

la miseria... Creo que tú y yo somos muy parecidos. Te quiero, Mark... Quizá te suene a vulgar. ¡Te quiero!

El la observó en silencio. Luego se separó suavemente de ella. Miró nuevamente el arma y, encogiéndose de hombros, prescindió de cogerla.

—Vuelvo enseguida. ¿Te apetece algo del supermercado? ¿Algo especial?

—Tengo la nevera llena. Hay champaña.

—Estupendo. Podemos comer algo, ¿eh? No tardo ni cinco minutos.

Ivonne saltó de la cama, con expresión feliz. El observó las contundentes formas de la muchacha durante unos segundos, y al fin dio la vuelta para salir.

El rápido ascensor le dejó en pocos segundos en la planta baja del edificio.

El conserje estaba en el interior de su vivienda, y no le vio salir.

Mark llegó a la calle y observó el automóvil americano que estaba frente al edificio. Miró un momento al tipo de la melena ensortijada, que parecía mantener una actitud de espera.

Siguió su camino hasta llegar a la cabina. Dentro había alguien que parecía telefonar, pero en realidad observaba a Mark con el rabillo del ojo.

Al cruzar la calle para aproximarse al supermercado, vio al otro tipo que estaba leyendo un periódico, sentado en un banco, como quien está tomando el fresco, tras un día verdaderamente caluroso.

Mark se volvió un instante, como si tuviera un ligero recelo. Era desconfiado por naturaleza.

En principio, no vio nada anormal. Entró en el supermercado. Y leyó: «Servicio permanente las veinticuatro horas».

Se dirigió al departamento de tabacos y compró un cartón de cigarrillos americanos. Iba a abrirlo en presencia de la empleada, pero ésta le advirtió:

—Tiene que pasar por caja, primero.

Mark asintió, y echó un vistazo seguidamente al estante de los *Pares*. Tomó una lata de «Campagne» y una porción de queso «Emmental».

En la floristería vio rosas, y compró una. La que le pareció más hermosa.

Pagó en caja y, antes de salir, abrió el cartón de tabaco para tomar un paquete. Fue entonces cuando advirtió al tipo que se hallaba en la calle, frente a la puerta de entrada. Le reconoció. Era el que estaba leyendo el periódico en la plaza. Y le observaba a él, a Mark.

Más allá había otro hombre. El de la cabina telefónica.

Al fondo, entre las luces y sombras de la luz de mercurio, había un tercer individuo.

Mark lamentó no haberse llevado el revólver, pero, como un buen jugador de póquer, no hizo la menor demostración de lo que pensaba en aquellos instantes. Terminó de abrir el paquete con una sola mano, puesto que la otra la llevaba ocupada con las compras, lo aproximó a la boca y extrajo un cigarrillo. Guardó el paquete y sacó del bolsillo el encendedor. Prendió fuego al pitillo y, como si hubiera olvidado algo, volvió a entrar al establecimiento.

—Olvidé algo —dijo a la cajera.

Fue hacia el fondo y, entre los estantes, miró hacia la calle. No podía ver demasiado bien, pero presentía que aquellos tipos seguían allí. Esperándole.

Pensó en Ivonne y en la conveniencia de regresar cuanto antes.

—¿Se puede salir por alguna otra parte? —preguntó a un empleado.

—Detrás hay el almacén. La otra puerta está cerrada a estas horas.

Mark se apresuró a dirigirse hacia la parte trasera. Cruzó la nave donde se almacenaban los productos. Alguien iba a llamar su atención. Posiblemente, porque aquella salida no estaba destinada a los clientes, pero él había alcanzado ya la puerta. Una puerta enrollable estaba cerrada hasta la mitad. Se agachó y salió, mirando a derecha e izquierda.

No había nadie. Aceleró el paso para recorrer la calle trasera al final de la cual pudo ver la gran plaza en apariencia desierta. Decidió escoger una calle transversal para dar un rodeo y salir a la parte trasera del edificio.

Tardó más de lo que esperaba porque la calle quedaba cortada y tuvo que torcer por un callejón hasta salir a una gran zona abierta. Se había alejado más de la cuenta. Trató de recuperar el tiempo corriendo, y al fin vio que estaba cerca del callejón por el cual

podía entrar en el edificio utilizando la puerta de servicios.

Al avanzar vio que un tipo parecía estar vigilando aquella parte. Era un joven alto, atlético. Un jersey de manga corta, muy ajustado, resaltaba su musculatura.

Mark se parapetó en las sombras y observó los movimientos del individuo que, sin duda, le había visto aproximarse y ahora trataba de localizarle.

«Me están buscando —musitó Mark para sus adentros—. Lo sé...».

Avanzó sin hacer ruido, amparado en la sombra. El del jersey recibía la luz de un farol próximo.

Mark dejó en el suelo lo que llevaba y, sin más armas que su destreza en la lucha, surgió detrás del otro.

—¿Me buscas a mí? —dijo.

Indudablemente sorprendido, el del jersey trató de sacar algo de su bolsillo. Mark no le dio tiempo. Formando un ángulo recto con su brazo derecho. Lo soltó con la mano plana contra el pecho del joven, que acusó el golpe con una extraña tos. Otro golpe en las vértebras precisas lo inmovilizó. Por fin el contundente puño de Mark lo derribó, dejándole inconsciente.

Tomó rápidamente lo que había dejado en el suelo y corrió hacia la entrada de servicios.

Utilizó el montacargas para llegar hasta el piso catorce y último. Era un medio lento, pero más seguro para su integridad.

Cuando llegó, por fin, a su planta de destino, asomó por el corredor que apareció a sus ojos completamente desiertos. Tan silencioso como cuando lo abandonó.

Las tres únicas puertas que daban acceso a los consiguientes apartamentos permanecían cerradas. Todo era normal, sin embargo...

Mark avanzó en silencio hasta llegar a la puerta 142. La del apartamento de Ivonne.

Miró alrededor.

Demasiado silencio. Sí. Demasiado.

Al tomar el pomo para abrir observó que la puerta no estaba cerrada. Sólo tuvo que empujar, y lo hizo lentamente, con precaución.

Se quedó a un lado contemplando lo que se veía del interior de

la casa, iluminada tenuemente como él la dejó.

Se decidió, al fin, a avanzar sobre la mullida moqueta, que ahogaba sus pisadas.

El silencio le perseguía.

Dejó lo que llevaba sobre una mesita, sin perder de vista ninguna de las puertas.

Llegó hasta el dormitorio, cuya puerta se hallaba entreabierta. Asomó lentamente, y enseguida comprendió que había llegado demasiado tarde.

Ivonne seguía en la cama. No había tenido tiempo de vestirse. Y su cuerpo, tostado por el sol, estaba ahora manchado de un tinte rojo. ¡Sangre!

Cuando Mark estuvo seguro de que en la casa no había nadie más que él y la muerta, comprobó que la habían acuchillado bárbaramente. Tenía cinco heridas, todas ellas mortales de necesidad.

Mark cerró los puños con rabia. Luego sus ojos observaron que su chaqueta y su revólver seguían donde él lo había dejado, sobre la silla.

CAPÍTULO II

Con la intuición de quien está acostumbrado a acechar y ser acechado, Mark se precipitó hacia la terraza y tuvo tiempo de ver el coche americano gris perla en el momento en que se ponía rápidamente en marcha.

Corrió hacia el teléfono sobre una de las mesitas de noche, al lado de la cama donde yacía Ivonne. Marcó un número y aguardó con impaciencia a que alguien contestara al otro lado del hilo. Por fin surgió una voz jovial que Mark reconoció enseguida.

—¡Pierre! Necesito que hagas algo urgentemente...

—¿De dónde diablos llamas? —respondió el joven—. Creí que...

—Escucha y no hagas preguntas. Ve enseguida a casa de Warden. Vuela si es preciso. No pierdas ni un segundo. Procura que no te vean. Lo único que necesito saber es si un coche gris perla, modelo americano va hacia allí. Dentro por lo menos van cuatro hombres. Cinco tal vez... Llámame dentro de veinte minutos a Topace. Si no estoy dejás el recado y el número donde puedo llamarte, cerca de la casa. ¡Ah! Y llévate la máquina japonesa. Adiós.

El tal Pierre no tuvo tiempo de replicar porque Mark había colgado y ahora seguía mirando el precioso cuerpo de Ivonne, a la que había dejado llena de vida e ilusiones minutos antes, y que en esos momentos ya no pertenecía a este mundo.

Antes de abandonar la casa, Mark estuvo buscando algo que le interesaba mucho, pero que no logró encontrar.

Después bajó al sótano donde estaba el aparcamiento privado. Tomó su coche y salió pisando a fondo. La hora y el lugar le permitían correr sin más temor al de ser multado por algún celoso agente por exceso de velocidad.

Tenía que recorrer veinte kilómetros, y su cuenta velocidades marcaba los ciento treinta con tendencia a aumentar.

Tuvo suerte al no cruzarse con ningún agente, y diecisiete minutos más tarde, después de haber cruzado medio París estaba ya en la barra del bar Topace.

—No. No hay ninguna llamada para usted, señor Willer —le dijo el barman—. ¿Quiere tomar algo?

—Un *whisky* doble. —Y al buscar los cigarrillos en su bolsillo, extrajo una maltrecha rosa roja, que estrujó entre sus manos, dejando caer sus pétalos cuando alguien le avisaba que tenía una llamada telefónica.

Al otro lado sonó la voz de Pierre.

—Tenías razón. El coche que buscas está en el aparcamiento privado de la casa. Creo que son cinco hombres incluyendo el chófer. Ahora, ¿puedes decirme lo que ha pasado?

—Voy a decirte lo que tienes que hacer exactamente. Presta atención.

—Está bien, suéltalo ya.

—Haz que este coche no pueda ser utilizado. Pincha los neumáticos, cualquier cosa... ¡Espera! ¡No! No pinches los neumáticos... Haz algo que no parezca provocado. ¿Me entiendes?

—Claro que te entiendo. Pero...

—Escucha —cortó Mark—. Me interesa que eso lo hagas deprisa. Vuelve a llamarme cuando estés. Corto. —Y Mark colgó.

Tras tomar su tercer *whisky*, Pierre llamó de nuevo. Habían transcurrido diez minutos.

—¡No se trataba de que le dieras una mano de pintura! —soltó Mark.

—Lo siento. He tenido que esperar a que el vigilante me dejara el campo libre. No es culpa mía si he tardado más de lo que esperabas.

—Está bien, está bien... Yo estoy en Topace. ¿Cuánto calculas que tardaré en llegar a casa de Warren a mi paso?

—Unos... cuatro minutos.

—De acuerdo. Dentro de cuatro minutos exactamente llamas a Warren. No importa que él no se ponga, aunque me imagino que sí lo hará... Escúchame bien, tú sabes imitar mi voz... Es lo que harás. Dile a Warren o a quien te escuche que le espero en la editorial, que

si no llega en diez minutos le prenderé fuego. ¿Lo has entendido? Dile que Mark Willer va a destruir la editorial si Warren no aparece por allí en diez minutos. Que crea que soy yo el que lo dice. ¿Está claro?

—Sí, sí... —Y más risueño, Pierre preguntó—: ¿De veras opinas que sé imitar tu voz?

Mark siguió dando instrucciones sin responder a la pregunta de Pierre.

—Ahora escucha. Como no podrán utilizar el coche, saldrán a la calle en busca de un taxi. Fotografía a todos los que salgan. ¿Se ve bien el reloj del bazar que está al lado de la casa?

—Sí. Perfectamente.

—Procura que salga en las fotos.

—Dalo por hecho, Mark.

—Bien. Entonces nada más...

—Oye... Si he comprendido bien, pretendes hacer salir a Warren de la casa. ¿No es eso?

—A todos.

—Siempre hay un par de individuos que se quedan en la casa. Aquello es una fortaleza.

—Veremos si resiste un ataque.

—¡Oye! ¿Y si Warren no sale?

—Peor para él. Pero saldrá. Irá detrás, en su coche, con uno de sus guardaespaldas particulares. Los otros romperán el fuego.

—En el supuesto de que se crea que tú estás realmente en la editorial.

—Lo creará, Pierre. Estoy seguro. Tiene motivos para creer que estoy dispuesto a actuar sin tapujos.

—Espero que me lo cuentes todo.

—Después, Pierre. Ahora cuando termines de hacer esa llamada, ponte en contacto con Stanley. Dile que convoque a todos. Esta noche va a tener lo que busca. Y ahora, Pierre, empieza a contar los minutos... Dentro de cuatro, exactamente, llama a Warren.

—¡Un momento, Mark! ¿Qué hay de esa chica? Ivonne... ¿No ha hablado?

Mark guardó silencio, y Pierre creyó, por un momento, que su amigo había colgado.

—¡Eh, Mark! ¿Sigues ahí?

—Sí, Pierre.

—Te preguntaba por Ivonne.

—Ha muerto. Los esbirros de Warren la han asesinado.
Y colgó.

CAPÍTULO III

El perfecto acondicionamiento de aire de la vieja pero señorial casa del barrio de la Opera, permitía a su propietario vestir impecablemente según su costumbre.

Oliver Warren, de nacionalidad norteamericana, pero afincado en Francia desde hacía algunos años, se movía con refinada pulcritud dentro de su bien cortado traje de alpaca azul claro.

En la pieza que se había convertido en sala de reuniones, se hallaba en compañía de dos tipos fornidos que, a pesar de usar atuendos de buena tela, no sabían desenvolverse con naturalidad dentro de los mismos.

Un tercer individuo, de aspecto simiesco, se hallaba al fondo de la estancia como si su única misión consistiera en vigilar la puerta.

Sentados a uno y otro lado de la larga mesa, cinco hombres desentonaban del conjunto. Sus melenas y sus atuendos veraniegos aún acordes con sus respectivos aspectos, eran la nota discordante del conjunto que les rodeaba.

El melenudo del pelo ensortijado decía en aquellos momentos:

—Paul se dejó atizar, pero eso no impidió que cumpliéramos nuestra misión. Así que todo salió bien. ¿Eh?

El tipo que había pasado algún tiempo en la cabina telefónica en el barrio de Ivonne protestó:

—La misión la hemos cumplido nosotros. Tú no te has movido del coche.

—Y quién habría sacado las castañas del fuego en caso de tener que huir, ¿eh? ¿Alguien de vosotros conduce mejor que yo? —protestó el conductor del vehículo gris perla.

El reposado Oliver Warren —cuarenta y tantos años perfectamente llevados— cortó, suave pero tajante:

—No permitiré que vuestras diferencias degeneren en una vulgar discusión callejera.

—Pues diga a éstos que no se metan conmigo —protestó el del pelo ensortijado—. Usted me contrató porque soy el mejor, ¿eh?

—Puntualicemos, Grignon. Te contrató la editorial. Eres el conductor de uno de nuestros camiones de reparto. Nada más...

Ensortijado Grignon sonrió.

—Bueno, sí. Eso. Si usted lo dice...

—Los demás trabajan también en la editorial. Y recordadlo todos. Estáis por asuntos de trabajo. Grignon me ha llevado las notas del mes. Los gastos de la gasolina y lo concerniente a su misión en la casa. Todos saben que me gusta repasarlo personalmente. Vincent y Paul son agentes vendedores y vosotros dos —señaló a los que completaban el quinteto que acababa de utilizar el coche gris perla— sois simples colaboradores.

Sonrieron todos ante las miradas anodinas de los que no pertenecían al grupo.

Warren prosiguió:

—Estamos reunidos aquí desde las nueve. Yo y los demás, llegado el momento, lo atestiguaríamos así.

—Pero si alguien ha visto el coche... —adujo Grignon.

—¿Y qué? Alguien lo ha robado. Se roban docenas de coches cada día.

—Pero ¡lo he dejado en el aparcamiento de al lado! —exclamó Grignon.

—Eres un perfecto imbécil, Grignon. Serás un buen conductor, pero no piensas. —Por una vez, Warren perdió los estribos.

—Perdone, pero usted no nos dijo... —Aludió el llamado Paul.

—¡Os dije que volvierais aquí, pero no con el coche!

Grignon iba a decir algo, pero se mordió los labios.

—Hubiera sido mejor robar uno —apuntó Vincent.

—No había ninguna necesidad si hubieseis entendido mis instrucciones. Regresar por separado. Lo dije claramente.

—Pero ese detective, o lo que sea, estaba en la casa —opuso Grignon.

—Tuvimos que hacer el trabajo muy rápidamente... Se suponía que se marcharía antes, pero, por lo visto, tenía la intención de quedarse —explicó Grignon.

—Fue al supermercado a comprar algo... —aclaró otro—. No teníamos prácticamente tiempo. Y él nos vio. Sabe que hemos sido nosotros. Ese tipo es muy listo.

—El que lo sepa él no me importa. Lo que me preocupa es el coche —gruñó Warren—. ¿Os ha visto el vigilante?

Se miraron todos antes de contestar. La negativa fue unánime.

—No. No estaba. Al menos no le vimos —dijo alguien.

—Está bien. Sácalo de ahí. Apáñatelas para que no te vean. Llévatelo lejos...

Iba a añadir algo más cuando sonó el teléfono. Lo tomó uno de los gorilas que Warren tenía tras él y que habían permanecido mudos durante la anterior conversación.

Tras intercambiar algunas palabras con su invisible interlocutor, el gorila anunció:

—Es Mark Willer. Dice que quiere hablar con usted. ¿Le digo que no está?

—No. Dámelo. —Warren sonrió—. Primera reacción. Veremos qué dice el señor Willer. No es tan listo como creéis. De serlo no hubiera llamado...

Se puso al aparato.

Pierre, desde la cabina y con una voz que imitaba casi a la perfección la de Mark, transmitió el mensaje que le había sido encomendado cuatro minutos antes.

—... Ya lo sabe —concluyó Pierre—. Diez minutos. Si no le veo, usted sí verá arder la editorial... —Y colgó.

Pierre Dumas, francés, veintinueve años, ambicioso, pero comedido, mañoso, listo y ufano de sus conocimientos en el arte de vivir lo mejor posible con el menor esfuerzo, colgó para preparar la segunda parte del plan. Para ello subió al coche que había situado en lugar estratégico, desde el cual podía vigilar la salida de la casa, el garaje contiguo convertido en aparcamiento y el reloj del bazar, que señalaba las diez de la noche.

En sus hábiles manos tenía una diminuta pero eficaz cámara fotográfica, capaz de captar imágenes con la simple luz de una cerilla.

Warren colgó el teléfono con aspecto muy distinto de cuando empezó a hablar. Ahora estaba lívido.

—Ese loco... ¡Es capaz de hacerlo! ¡Vamos! Id al coche. Luego

decidiremos lo que vamos a hacer. Yo iré detrás. Gerald vendrá conmigo. —Y a los otros dos gorilas les dio instrucciones para que se quedaran en la casa.

Poco después, los cinco del automóvil gris perla bajaban precipitadamente de la primera planta del edificio hacia la calle.

Pierre sacó varias instantáneas de ellos.

Warren y sus guardaespaldas menos alocadamente, pero con visible prisa, aparecieron después y fueron igualmente captados por la cámara de Pierre.

Un minuto después, Grignon regresaba echando maldiciones. Más fotos.

Pierre pensó:

«Ahora le está diciendo a Warren que el coche no funciona».

Pierre, aunque no podía oír lo que hablaban, sí podía, en cambio, ver gesticular a Warren, que una vez más perdía su compostura.

Luego, los cinco volvieron al aparcamiento. Posiblemente disponían de otro coche. Warren no se privaba de nada, cual correspondía a un hombre de su categoría.

Warren lo podía todo, o casi todo, aunque en aquellos momentos ignorase la verdadera jugada de Mark Willer.

CAPÍTULO IV

Mark Willer había visto salir a Warren y su gente de la casa, desde el piso superior.

Mark había entrado en el edificio por la azotea, y esperó que la llamada de su ayudante produjera el efecto esperado. Todo había salido bien hasta aquel instante. Ahora le tocaba actuar a él, y devolver el golpe recibido. No como él hubiera querido, pero sí de la forma que le permitiera acabar, de una vez, con aquel maldito asunto que le proporcionaría una buena suma de dinero, parte de la cual llevaba ya gastada.

«Luego —pensaba Mark—, luego ya llegaría, tal vez, el momento de partirle la cara a Warren. Por lo que le había hecho a Ivonne. Pero ahora lo importante era terminar, por la vía rápida, con el asunto».

Llamó a la puerta de la casa, que ahora quedaba custodiada por los dos gorilas. Mark no sabía cuántos había dentro, pero eso era cosa de esperar. No tardaría en averiguarlo.

El tipo de rostro simiesco abrió la puerta. Mark no se anduvo con contemplaciones. Le empujó. Le golpeó en el bajo vientre y sacó su revólver de la funda sobaquera. Lo hizo casi todo al mismo tiempo. Y antes de que el gorila pudiera chillar, el cañón del arma estaba en la boca del tipo, y la firme diestra de Mark muy aferrada al gatillo.

—¿Cuántos más hay en la casa? —le preguntó con un susurro lleno de amenazas—. Contesta o te frío por dentro.

El gorila sólo pudo contestarle con un ademán. Uno. Lo indicó con el dedo. Mientras la voz del otro guardián de la casa sonaba desde dentro para preguntar:

—¿Quién diablos ha llamado?

Mark ya sabía lo que quería, y como el gorila le estorbaba le dejó fuera de combate, golpeándole con el cañón del arma y ayudándose finalmente con su demoledor puño, digno de un campeón mundial.

Cuando su primer enemigo quedó en el suelo como un fardo, Mark se apostó junto a la puerta que intuía iba a abrirse de un momento a otro.

Y así fue, en efecto. Asomó el otro tipo y, antes de darse cuenta de que su compañero estaba tendido sobre la alfombra del *hall*, recibió un culatazo en la nuca que le tumbó.

Dada su fortaleza no perdió el sentido a la primera, por lo que Mark, sin contemplaciones, le ayudó a dormirse con otro supergolpe.

Tenía el campo libre y algunos minutos por delante para hacer lo que le había llevado hasta allí.

Después de registrar cajones y armarios, con habilidad profesional, se dirigió directamente a uno de los cuadros que adornaban la pared. No tuvo suerte. Allí no estaba la caja fuerte. Movi6 otro. Tampoco.

Mir6 alrededor. ¿D6nde estar6a la maldita caja?

Calcul6 el tiempo que hab6a empleado en el registro de la mesa y decidi6 salir al *hall* para comprobar el sue6o de los guardianes.

Uno de ellos se remov6a. Le dej6 dormido de un nuevo culatazo y, para su mayor tranquilidad, atiz6 al otro. Ahora sab6a que dispon6a de m6s tiempo. Bueno, s6lo el justo hasta que Warren se diese cuenta de que lo de la editorial hab6a sido un enga6o.

Una segunda ojeada al despacho le bast6 para asegurarse de que all6 no estaba lo que buscaba.

Lo encontr6 en la llamada sala de juntas. Detr6s de un falso radiador de calefacci6n. Lo separ6 como quien abre una puerta y apareci6 la acerada hoja de la peque6a arca.

—Una «Bilore» modelo 68. Muy segura. Combinaci6n de cinco cifras —recit6 para s6, y trat6 de serenar sus nervios. Luego se frot6 el 6ndice de la mano derecha contra el pulgar y puso manos a la obra.

Utiliz6 seis preciosos minutos de su tiempo para abrir la puerta de la caja.

Aparte de un fajo de unos cincuenta billetes de mil francos,

había un par de *dossiers* y algo muy curioso, un libro. Aunque Warren, oficialmente, fuera editor, una caja fuerte no es el lugar más adecuado para guardar un libro por valioso que fuera. Mark lo hojeó. Se trataba de una biblia antiquísima. Realmente el volumen podía tener un precio elevado en el mercado, pero...

Lo sacudió esperando que cayera algo de su interior, pero no tuvo suerte.

Pasó algunas de aquellas amarillentas hojas hasta que el azar le hizo dar con una de grueso superior. Era prácticamente igual que las otras, pero la sensibilidad de los dedos de Mark notó la ínfima diferencia.

—Una bolsa —murmuró.

En efecto. Era una doble página que formaba una bolsa con una abertura superior. Tomó la antiquísima biblia, los *dossiers* y salió de la casa, dejando tras sí un piso revuelto y dos guardianes inconscientes.

Así lo encontró Warren y los suyos cuando estuvieron de regreso.

Para entonces, Mark estaba ya camino de su siguiente cita. El hombre que le esperaba era Dean Stanley. Oficialmente, un agregado de prensa de la Embajada. Sólo muy pocos y entre ellos Mark, sabían que Stanley era agente de la CIA.

CAPÍTULO V

El lugar de la cita era el escenario de un teatro, eventualmente cerrado por obras que quedaron a medias.

Mark esperaba encontrar una reunión de varias personas, presidida por Dean Stanley, pero enseguida comprobó que allí no había nadie.

Avanzó por la vacía platea de la que habían sido retiradas parte de las butacas.

Sobre su cabeza colgaba un andamio sujeto con gruesas cuerdas.

En alguna parte se amontonaban cubos y botes de pintura y algunos tablones de madera.

En el escenario una bombilla de cierta potencia no bastaba para iluminar por completo la sala. Los palcos, por ejemplo, quedaban completamente a oscuras. Pero alguien había encendido aquella luz...

Mark avanzó con la mano derecha metida dentro de la chaqueta y palpando el arma que llevaba sujeta en la funda sobaquera.

En vez de seguir sobre el escenario, se dirigió hacia donde estaban los cubos, botes y tablones y miró sobre su cabeza observando el andamio.

El ruido delator surgió, sin embargo, de uno de los oscuros palcos. La mirada y la mano armada de Mark se dirigieron justo hacia el lugar de donde había procedido el ruido.

Una voz bien timbrada rompió el silencio y resonó por la vacía sala.

—Si alguien hubiera querido matarle, Mark, estaría usted muerto apenas entró.

—Deje de hacerse el interesante, Stanley. Y salga. Tengo algo para usted. Luego ya me contará qué significa esto.

Stanley prosiguió en la oscuridad y replicó:

—Yo no tengo que explicar nada. Recuérdelo, Mark. Se le suben fácilmente los humos a la cabeza.

—No me salga ahora con que es usted el jefe. Me encargó un trabajo a cambio de dinero. Bien, yo he cumplido. Me pagará usted el resto y me explicara por qué demonios no están los demás. Me gustaría contarles a todos algunas cosillas.

—¿Quiénes son los demás? —preguntó la voz de Stanley.

—¡Y a mí qué demonios me cuenta! Usted dijo que habría más gente. Sus colegas. Lo que ellos no pudieron conseguir... Pero que estaban tan interesados como usted en pillar a Warren. Bien. Ya tengo la prueba que querían todos. ¿Piensa permanecer mucho rato en ese palco? Me duele la cabeza de mirar para arriba.

Stanley no contestó esa vez, pero sus pisadas resonaron sobre las tablas del primer piso. Luego, sus zapatos golpearon sobre una escalera de madera, y Mark anduvo hasta el escenario.

Los pasos prosiguieron para aumentar de volumen. Por fin, Stanley apareció en el escenario.

Era un hombre alto, fornido. Sus cincuenta años bien llevados no le restaban ni un ápice de vigor. Mark sabía que se hallaba ante un tipo duro, enérgico y muy inteligente, aunque había algo que nunca llegó a comprender. Y la pregunta flotaba, una vez más, en su mente.

¿Por qué le habían elegido a él?

Sobre el escenario había una mesa llena de polvo. Mark sopló sobre ella y luego arrojó los documentos que había robado de la caja fuerte de Warren y la biblia.

—Aquí tiene. Aparte de esos interesantes informes, dentro de esa biblia hay un microfilme. Creí que eso ya no se usaba...

Stanley miró lo que había sobre la mesa y luego clavó los ojos en Mark.

—¿De dónde ha sacado eso?

—De la guarida del lobo. Ahí tiene las pruebas. Warren tiene contactos con ciertos países del Este. Documentos secretos. Es un espía si se me permite utilizar un vocablo vulgar.

—¿Cómo lo ha conseguido? —insistió Stanley.

—Me debe veintitrés de los grandes, Stanley. El precio acordado fue de veinticinco. Sólo me dio dos a cuenta para que me comprara

un traje. ¿Recuerda?

—¡Conteste a mi pregunta!

—¿Qué le pasa, Stanley? Usted quería pruebas...

El de la CIA cambió de tono y de concepto.

—¿Qué hay de esa chica? Ivonne Ranier... Le dijo ella...

—Ella ya no podrá decir nada, Stanley. Ese cerdo de Warren la hizo asesinar. En el fondo era una buena chica, ¿sabe? Me gustaría tener delante a Warren... ¡Ya lo creo que me gustaría!

Stanley seguía con la mirada fija en Mark. Quería saber más. Se lo estaba pidiendo de modo imperativo con sus ojos.

—Ivonne estaba dispuesta a confesar.

—¿Iba a confesarse cómplice de Warren?

—Sí. A condición de que luego ustedes cumplieran su palabra y la dejaran en libertad.

—¿Y usted creyó, de veras, que Ivonne iba a comprometerse hasta tal punto?

—¿Por qué no?

—Porque nadie que esté en su sano juicio haría una cosa así. Confesar hubiera equivalido a ser considerada una espía. Aunque nosotros la hubiésemos dejado en libertad, otros habrían acabado con ella. ¿O es que ignora que hay agentes del Este rondando por ahí? No hubiésemos podido protegerla... Si ella delata públicamente a Warren, se la habrían cargado.

—Pensaba huir. Ir a vivir a otro sitio. Y hasta puede que yo la hubiese acompañado si ese canalla hijo de perra...

—No hay lugar en el mundo pata esconder a quien comete traición. Los «otros» se hubiesen sentido traicionados... ¡Oh, Mark! Es usted un ingenuo.

—¿Ingenuo? No sea vanidoso, Stanley. Sus agentes fracasaron. Yo no. Ella estaba de mi parte. Triunfé donde los suyos se estrellaron. ¿Es eso lo que le escuece?

—El vanidoso es usted, Mark... ¿Quién cree que era Ivonne, aparte de ex secretaria de Warren?

—Una chica maltratada por la vida.

—Le contó ese cuento, ¿eh? Ivonne no era más que una cualquiera. Una mujer de la vida. Warren se divertía con ella. Luego la utilizó como enlace en una casa de citas. Así pasaban los mensajes.

—Bien, siga... Ustedes lo sabían. Lo sabían todo, pero les faltaban pruebas...

—Exacto. Pero no eso que ha hecho usted... —Y señaló lo que había sobre la mesita.

—¿Qué está intentando decirme?

—Que ha hecho una hombrada. Eso es lo que usted piensa. Se ha metido en casa de Warren, y le ha robado esto. Es así, ¿verdad? Por la fuerza bruta.

—Son pruebas. ¿No? Sin Ivonne ya no había ningún otro medio.

—Diga que no supo encontrarlo, Mark.

—¿Que no supe...? Oiga, Stanley. Va a volverme loco. No cree que Ivonne fuera capaz de declarar contra Warren y, sin embargo, me utilizó a mí para que lo intentara... ¿Qué clase de juego es éste?

Stanley no replicó, pero Mark insistió en su pregunta:

—Creo que ha llegado el momento de hablar claro. Y si no quiere hacerlo, págume y me largo.

—Usted no se ha ganado nada, Mark...

—¿Qué trata de insinuar...?

—Le diré por qué le contraté a usted, Mark. Se lo diré sin tapujos. Usted no es profesional, no es conocido, pero Warren conoce nuestros sistemas. El también es agente de la CIA, un agente doble. Nos interesaba que creyera que sospechábamos de él.

—¿Eh? —Mark no acababa de ver claro, pero intuía algo sucio en todo aquello.

Stanley prosiguió sin ambages:

—Un novato como usted, un hombre de procedimientos rudimentarios como usted, un hombre, en fin, que sólo sabe utilizar la fuerza bruta era quien más nos convenía. Tenía que obrar sutilmente, de forma que Warren no se diera cuenta de nada. En teoría, debía ser así... Un profesional lo hubiera hecho a la perfección, pero nosotros no deseábamos esa perfección. ¿Me va comprendiendo?

—Necesitaban a un estúpido. ¿Es eso lo que intenta decirme?

—Digamos a un tipo que, por su falta de experiencia, permitiera a Warren darse cuenta de que íbamos tras él. Nada más.

—¿Y las pruebas?

—La misión, Mark. Su verdadera misión terminaba con la muerte de Ivonne.

—¿Qué...?

Stanley inició una extraña sonrisa. Mark comprendió.

—De modo que lo que perseguían era únicamente que Warren hiciera lo que hizo... ¿asesinar a la muchacha?

—Eso era una prueba de que Warren temía que ella pudiera hablar... Y hasta aquí reconozco que eso lo hizo usted muy bien, Mark... Pero después se excedió.

—Eso... Eso es una canallada, Stanley. Lo que está diciendo es monstruoso...

—Lo que le estoy diciendo, Mark, es exactamente la verdad. No crea que todos los agentes saben exactamente el fin de la misión que cumplen. Ivonne tenía que morir...

—Una canallada. Una auténtica canallada. Y la CIA...

—Cuidado, amigo. Aquí la CIA nada tiene que ver. Le contraté yo. Usted hizo un trabajo para mí. Nada más. Intente probar lo contrario...

—¿Hay algo más que deba saber, Stanley? —inquirió Mark, tras un silencio. Su voz sonaba ahora fría, metálica. Volvía a ser el hombre agresivo, impulsivo, el que en su país le había valido el calificativo de hombre No Grato.

—Necesitábamos a Warren sin nada que pudiéramos probarle... ¿Lo entiende? De ese modo podíamos facilitarle la información que «nosotros queríamos». Warren sabe perfectamente que, una vez muerta Ivonne, no existe nadie que pueda acusarle.

—De asesinato. ¿Le parece poco? Pero entiendo que esto no les importa.

—No es de nuestra competencia, desde luego.

—Sentenciaron a una mujer para conseguir sus fines.

—¿Siente escrúpulos?

—Siento asco.

—Me extraña en un tipo como usted. Conozco su historial. Expulsado dos veces de su trabajo por su carácter agresivo, desposeído de su licencia de detective, acusado de agresión a la policía Violento, indeseable, no grato...

—Sí. Pero dando la cara. Otros en cambio... ¿Qué puede recriminarme a mí? Usted me ha utilizado para que se cometiera un crimen. ¿Se cree mejor que yo? A mí la vida me ha tratado mal. He tenido que defenderme. Odio la injusticia, ¿sabe? Por eso me gané

fama de violento cuando era detective... Por lo visto aún sirvo para algo; de lo contrario no me hubieran contratado. Para usted puedo ser una basura. Una basura que consideraron necesaria. Usted y los suyos. Pero la opinión que usted me merece, Stanley, no puede expresarse con palabras.

Mark tenía prietos los puños y ya no podía contenerse. Era demasiado para él.

Su demoledora derecha salió disparada contra el abdomen de su interlocutor, pero el vigoroso cincuentón parecía estar esperando aquello y esquivó el golpe; con una hábil llave derribó a Mark, que se vio en el suelo sin darse cuenta. Pocos podían vanagloriarse de haberle tumbado.

Iba a incorporarse, pero Stanley le estaba encañonando con un revólver.

—No haga tonterías. Le advierto que dispararé sin pensármelo dos veces.

—Sí. Estoy seguro de que lo hará —admitió Mark.

El dedo índice de Stanley se cerró sobre el gatillo del arma.

—Pensaba matarme, ¿verdad? Ahora sé demasiado...

—Me ha estropeado usted algo muy importante. Será una mancha en mi carrera. Ahora, Warren se sabe descubierto... Y usted... Usted, Mark, sigue siendo demasiado impetuoso. Le creo capaz de organizar un buen escándalo. Claro que no tiene pruebas de nada. No sé... Tendré que pensar qué hago con usted.

—¿Puedo levantarme al menos? —inquirió Mark fríamente.

—Hágalo, pero sin trucos. Sé más que usted.

—Estoy seguro.

Y Mark hizo intención de incorporarse, pero algo le detuvo. Se frotó el costado a la altura de los riñones.

—¿Qué le pasa?

—He caído en mala posición. Maldita sea... ¿Con qué demonios me ha pegado?

Intentó levantarse otra vez con visible esfuerzo. Stanley sonrió.

—También conozco ese truco. Yo le ayudo y usted me sacude...

—Piensa que finjo, ¿eh? —Se levantó por fin y se enderezó poco a poco—. Bueno, págume, no voy a meter jaleo. Deme mi dinero. Yo cumplí a mi modo. No es culpa mía si no ha salido como usted deseaba. Si me hubiera informado desde el principio...

—¿De veras cree que voy a pagarle después de lo que ha hecho?

—Me largaré y no volverá a saber de mí.

—¿Y dónde irá?

—A gastarme mi dinero.

—No lo ha merecido.

—Oiga, Stanley. Usted gana. Usted es el fuerte. Yo también sé perder.

—Sigue fingiendo. No le va el papel de sumiso, Mark —sonrió Stanley, y Mark pensó que su interlocutor llegaba a ser casi diabólico porque parecía adivinar sus pensamientos. No obstante no se inmutó.

—Depositare unas flores en la tumba de Ivonne y me largaré. ¿Sabe? Ivonne tiene una hermana. En algún lugar de Francia. Vive con unos parientes. Ella pensaba ir a buscarla algún día para que viviera en París. Por eso... por eso hacía cosas poco confesables. Necesitaba ahorrar para que la muchacha pudiera reunirse con ella. Había conseguido un buen apartamento y...

—No siga. Ivonne no tiene ninguna hermana. Si le dijo esto, le mintió.

—No trato de convencerle, Stanley. Crea lo que quiera.

—¿Dónde vive esa hermana?

—Eso no se lo diré. Ahora no me fío.

—Váyase, Mark —repuso Stanley tras un silencio—. Le daré una oportunidad, pero tenga cuidado. Si intenta algo... piense que siempre tendrá un par de ojos vigilándole... Esté donde esté. Ande, váyase.

Stanley seguía con el arma en la mano, y Mark miraba esa arma. El de la CIA se separó ligeramente, y guardó el revólver, diciendo:

—Soy capaz de sacarla de la funda más deprisa que usted... También me adiestro en eso..., como en las películas del Oeste... Se lo digo por si le cruza algún mal pensamiento.

—Yo no soy un asesino, Stanley.

Mark soltó las palabras escupiéndolas literalmente, y luego le dio la espalda.

Cuando Mark se perdió en las tinieblas del fondo, Stanley seguía en el escenario como si aguardara algo.

Mark estaba ya en la calle después de trasponer la puerta lateral del local. Notó en el rostro el aire húmedo de la noche y el olor

peculiar del agua del Sena a doscientos metros. Todo estaba en silencio.

Ascendió unos peldaños para salvar el desnivel y, a lo lejos, entre los árboles, vio moverse una sombra. Siguió su camino y sus pisadas resonaron sobre la piedra.

La sombra apareció de nuevo de forma fugaz y sonó un disparo.

Mark lanzó un grito y cayó rodando por los escalones.

La persona que había efectuado el disparo huyó entre las sombras que proyectaban los árboles.

CAPÍTULO VI

Dean Stanley asomó por la puerta y, tras cerciorarse de que no había nadie, avanzó hacia la fachada principal del teatro. A diez pasos vio el cuerpo de Mark en la misma posición en que había quedado. Avanzó hacia él mirando una y otra vez por la ancha avenida. No. No había nadie...

Se detuvo junto al cuerpo inmóvil del ex detective y sacó su revólver aproximándose a él, como si quisiera cerciorarse de que estaba muerto...

Un coche se aproximó, veloz, en aquel momento. Stanley se acurrucó un momento aprovechando el desnivel, a fin de pasar inadvertido al conductor, que siguió su rauda marcha.

Fue entonces cuando el veterano agente se enteró de que Mark no estaba muerto, pero ya era demasiado tarde para enmendar su error.

El ex detective le había sujetado la muñeca con furia salvaje. Stanley tuvo que soltar el arma, mientras su antagonista se ponía en pie de un salto y, de forma acrobática, le golpeaba la mandíbula en un ataque del más genuino estilo del karate.

Aun antes de reponerse, Mark propinó otro certero golpe al plexo solar del de la CIA, remachando la faena con su demoledora derecha.

Stanley cayó atontado contra la pared. Mark le sujetó con rabia.

—Tus manos siempre quedan limpias, ¿eh? ¡Hijo de perra! ¿Quién ha disparado? Todo estaba previsto, ¿verdad?

Le golpeó por dos veces el abdomen, y Stanley cayó como un fardo ante la contundencia de los tremendos impactos recibidos.

Mark miró alrededor. Pensó que, a partir de ese momento, debería andarse con mucho cuidado. Habían intentado matarle y

volverían a probar fortuna. No siempre tendría la suerte de que la bala le pasara rozando. No... Por una vez, la fortuna había sido su aliada, pero ¿qué ocurriría en la siguiente ocasión?

Ante sí vio el pavoroso panorama que le esperaba. Tendría que vivir esquivando la muerte, porque sabía demasiado...

Se alejó del viejo teatro en una impresionante carrera, que no detuvo hasta haber recorrido unos cinco kilómetros.

Estaba lejos, muy lejos de su apartamento. Comprendía que allí ya no podría regresar nunca más.

—¡Pierre! ¿Dónde diablos te habías metido? Llevo media hora llamándote...

Mark hablaba desde una cabina pública. Era la quinta o la sexta vez que intentaba comunicarse con su amigo, siempre desde un teléfono distinto, siempre mirando hacia atrás, hacia los lados, temiendo que de cualquier parte surgiera la bala que llevaba escrito su nombre.

—¡Mark! ¿Todavía andas por ahí? Creí que ya no ibas a necesitarme. Tú mismo lo dijiste. Después de llamar a Stanley ya no tenía nada más que hacer por ti.

—Sí. Eso es lo que pensaba, pero ahora todo ha cambiado. Me he dejado atrapar como un perfecto imbécil... ¡Y por quien menos podía esperarlo!

—¿Salió mal lo de casa de Warren?

—Al contrario. Demasiado bien.

—¡Oye! Tengo sueño, ¿sabes? He salido por ahí con una chica... Pero si me necesitas voy a tu casa y...

—No, Pierre. No puedo ir a mi casa. Eso es lo malo.

—Pues ven a la mía y cuéntame lo que sea. Me tienes en vilo...

—Tampoco puedo ir a la tuya. «Ellos» saben que somos amigos. Nos han visto juntos. Bueno, Stanley lo sabe casi todo. No. Allí también me buscarían. Tenemos que vernos en otro sitio. Necesito un coche. Uno que no sea el tuyo. Alquilado. Haz eso por mí. Me queda algún dinero...

—¿Por qué tengo que alquilar un coche? Tengo el mío.

—Porque el tuyo también lo conocen. ¡Oh, Pierre! Ya te contaré... Ven deprisa si puedes. Y por lo que más quieras, procura que no te siga nadie.

—Brrr... Vaya nochecita, amigo. Has conseguido desvelarme.

Bueno. Espero que, al menos, me cuentes lo que ocurre, porque no entiendo nada. ¿Dónde nos encontramos?

* * *

No es que el bosque de Bolonia sea un lugar demasiado original, pero en caso de necesidad permite esconderse y eso es lo que necesitaba Mark: esconderse.

Así lo explicó a Pierre que, por fin, satisfizo su curiosidad.

—No lo entiendo —repuso, cuando el ex detective hubo concluido, a grandes rasgos, su narración—. Si Stanley te ha dicho que hagas lo que hagas él negará. ¿Por qué quiere matarte?

—Eso ya me lo he preguntado yo también, Pierre. Y sólo hay una respuesta. Sé lo que sé. Y es demasiado para ellos.

—Pero no tienes pruebas. Y la CIA es una organización poderosa:

—Ni siquiera puedo nombrarla. A mí me contrató Stanley. Y estoy seguro de que, llegado el momento, quedaría demostrado que Stanley nunca ha pertenecido a la CIA.

—¿Lo ves? —sonrió Pierre—. Tú mismo me das la razón... Si no puedes probar nada, ¿de qué sirve que sepas todo eso? No representas un peligro para ellos.

—Me dispararon, Pierre. Te lo he dicho... Y Stanley aguardó hasta oír el estampido y se acercó a mí para cerciorarse de que estaba muerto... Esto está claro. Tan claro como que volverá a intentarlo. Tengo que largarme.

—Bueno... Si crees que es lo mejor...

—Aquí termina nuestra sociedad, Pierre. Y ni siquiera puedo pagarte. Me queda algún dinero y voy a necesitarlo. De todos modos el coche que has alquilado...

—¡Olvidalo! ¡Ah! Pero tendrás que devolverlo...

—Lo dejaré en la estación de Lyon. Recógelo allí y devuélvelo. Viajaré en tren.

—¿Y dónde irás si puede saberse?

—Aún no lo sé.

—Bueno, dímelo cuando estés instalado.

—No. No puedo escribirte; me seguirían el rastro y seguro que controlarán también tu teléfono.

—Tantas precauciones y a lo mejor... Bueno, claro... si te han

disparado... ¡Oye! Si de veras quieren matarte... Quizá... Es una suposición. Yo no tengo tanta experiencia como tú...

—No te hagas el modesto. Tú tienes madera. Lo que te falta es acertar con el socio. Yo no te he traído buena suerte. El primer trabajo y no cobras.

—Olvídate de esto. Pensaba... En lo que cogiste de la caja de Warren... ¿Leíste algo?

—Los informes.

—Quizá sea esto...

—¿El qué?

—Quieren matarte porque sabes lo que dicen esos informes... ¿Te acuerdas? Tú tienes buena memoria.

—Era algo relacionado con una operación. Tenía nombre en clave. Bases de misiles.

—¿Sólo eso...?

—No, había algo más. Sobre la recuperación de cierto material hundido en la costa francesa. El informe era secreto, por supuesto.

—¿Material recuperable en la costa francesa...?

—Algo así.

—¿Qué clase de material?

—Por lo que pude entender un barco naufragó y tratan de recuperarlo. Posiblemente ese barco debía transportar algo que interesa a los rusos, o a los chinos, o a quien sea.

—Ahí puede estar la clave. Tú «sabes eso».

—¿Y qué quieres que haga con eso?

—Es una prueba contra la CIA. Últimamente está muy desacreditada.

—Y más lo estará si utilizan esos procedimientos...

—Por eso no les conviene que hables.

—A lo mejor creen que puedo vender la información... Pero a ellos no les importa. Ya te he dicho que a Warren le utilizaban para que pasara falsa información. O sea que lo que dice en esos documentos, que yo vi, es absolutamente falso... La idea, te lo repito, era que Warren se viera acosado... Si no hubieran sospechado de él, habría podido pensar que le utilizaban. Así, viéndose objeto de interés, piensa que no le utilizan... Es el juego de los despropósitos. Entiéndelo. El espionaje es muy complicado.

—¿Y si Stanley te mintió?

—¿Qué?

—¿Cómo sabes que es realmente quien dice ser?

—Bueno. El me dio detalles. Además, trabaja en la Embajada. De esto estoy seguro. Le llamé allí y le vi salir.

—¿Y quién te dice que no es él el agente doble?

—Puestos a mal pensar...

—La clave está en esos documentos. Estoy seguro. Algún día lo verás claro. Ahora, con todo lo ocurrido, es lógico que no logres coordinar. En fin, si puedo ayudarte...

Un ruido les puso en guardia. Pierre señaló un lugar para la posible huida, pero Mark se tranquilizó al ver a una pareja de gendarmes.

—No hay peligro. Es un buen momento para despedirnos. Ya sabes. Recoge el coche en la estación de Lyon. Adiós... Si los «polis» nos ven juntos a estas horas pueden pensar que somos maleantes. Son las tres de la madrugada y no quiero más líos.

Así fue como Mark se despidió de Pierre.

Luego, media hora más tarde, comenzó a dar vueltas alrededor de la estación del tren esperando la hora de la primera salida. No le importaba el destino...

Había dejado el coche aparcado y seguía allí. Pensó que probablemente Pierre iría a recogerlo después de descansar unas horas, que buena falta le hacía. Igual que a él mismo, sólo que la obsesión de verse lejos de París y la necesidad de mantenerse alerta, le quitaban el sueño.

A las cuatro y media compraba un billete para una estación de cercanías y, al dirigirse hacia el andén oyó que alguien gritaba su nombre.

Se sorprendió al reconocer la voz de Pierre.

—¿Qué diablos haces aquí?

Pierre casi se disculpó:

—Bueno, la verdad es que no podía dormir. Si realmente estás en peligro, no es justo que te abandone.

—A mi lado te pondrás en peligro tú también.

—No. Te guardaré las espaldas. No te preocupes. Tú sigue adelante. Yo vigilaré por si alguien te está espionando.

—¿Y para eso te has molestado? Eres un buen amigo.

—La amistad es algo sagrado para mí. Puedo ser un poco

sinvergüenza, pero un amigo es un amigo. Yo elijo bien mis amistades.

Se dieron la mano. Luego, Pierre preguntó:

—Oye... ¿Sabes si Ivonne tiene familia?

—Una hermana, menor que ella. Stanley no ha querido creerlo.

—¿Se lo has dicho?

—Sí. Pero no le he dicho dónde vivía. Quería ver cómo reaccionaba... De todos modos no la encontrarán. Viven con unos parientes. Gente un poco extraña. La chica es conocida por el apellido de esos parientes.

—¡Ah! Bueno. En ese caso... ¿Irás a verla?

—Quizá... ¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, me has dado a entender que apreciabas a Ivonne. Pensé que si podía hacer algo en tu nombre...

—Que yo sepa, en París no tiene ningún pariente. Ella sólo me hablaba de su hermana. Se ve que la quería mucho. Bueno. Y me largo. No quiero perder el tren.

Pierre permaneció en la estación hasta que el convoy de cercanías se hubo alejado.

Nadie había atentado contra la vida de Mark. Pierre dio media vuelta para dirigirse al coche que había alquilado aquella misma madrugada.

Antes de poner en marcha el motor del automóvil, estuvo pensando unos momentos. Luego pareció olvidarse de toda aquella historia y dio por fin el encendido.

En el tren, Mark, después de observar a los pasajeros que ocupaban los asientos a derecha e izquierda del vagón, eligió un asiento junto a la ventanilla sin más ocupantes.

Antes de llegar a la primera estación un tipo con aspecto de obrero del campo se aproximó:

—¿Permite?

Y Mark se encogió de hombros. El obrero se sentó frente a él y después de observarle un momento, como si esperase iniciar una conversación, al ver que ésta no se producía, optó por desplegar un periódico y ponerse a leer.

Al otro lado había una mujer joven que, por algo difícil de concretar, a Mark le recordaba a Ivonne. No se le parecía en lo físico, pero era muy hermosa, a pesar de la sencillez de su

vestimenta. Las miradas de ambos coincidieron en más de una ocasión.

Tras la primera parada, el campesino vecino de asiento de Mark rompió el fuego:

—¿Va usted a Charigny?

—No —respondió Mark, escuetamente.

—Es que este tren sólo va a Charigny.

—¿Hay estaciones intermedias?

—Sí, pero no baja apenas nadie. Aquello es ya París. Bueno, aún no, pero lo será. Primero han fastidiado a la gente para que se fuera asqueada y ahora están preparando los terrenos para levantar grandes bloques de viviendas. ¿Qué le parece?

—Yo no soy francés. No me interesa la política del suelo de por aquí.

—Sí. Ya veo que no es francés —replicó el campesino de mal talante, y Mark pensó que se hallaba ante un estúpido, que no comprendía que hay gente que no tiene ganas de hacer nuevos amigos a bordo de un tren.

En las proximidades de la siguiente estación, el campesino se incorporó buscando algo en su bolsillo.

—Disculpe. Voy al retrete. Siempre que voy en tren me ocurre lo mismo.

«¡Y a mí qué diablos me cuentas!», pensó Mark, aunque no lo expresara en voz alta.

En aquel instante, el tren doblaba una curva cercana a la inminente parada, y a pesar de que había aminorado la marcha, el campesino de aspecto endeble se abalanzó hacia Mark como si fuera a caer sobre él.

Fugazmente, el ex detective vio que algo brillaba en la mano que el campesino acababa de sacar del bolsillo.

¡Una navaja automática!

¡Iba a asestarle una puñalada!

De forma inverosímil, cambió la posición del cuerpo al tiempo que desviaba la trayectoria de la acometida de aquella mano asesina.

Mark pudo comprobar que la endeblez del falso campesino era puramente imaginaria. El tipo tenía fuerza y estaba bregado en peleas.

Aun así, Mark consiguió que el arma quedara clavada en el respaldo del asiento.

Algunos curiosos habían empezado a ver algo extraño y una mujer lanzó un grito cuando Mark se enderezó y se libró de su atacante, golpeándole con el cañón del revólver que había sacado.

El nuevo atacante de Mark quedó inconsciente sobre el asiento, mientras el ex detective saltaba del tren en la estación donde el convoy acababa de detenerse.

CAPÍTULO VII

Mark llevaba un buen rato caminando sin rumbo por el páramo, cuando vio aproximarse la furgoneta.

Desconfió, pero allí no podía hacer nada más que poner la mano cerca del revólver, ya que no había ningún lugar para esconderse ni siquiera protegerse.

La furgoneta se detuvo a su altura, y Mark comprobó que la conducía la muchacha que en el tren le había recordado a Ivonne.

—¿Quiere subir? —preguntó ella.

—¿Dónde va usted?

—A unos dos kilómetros de aquí. Tengo algo que hacer. Luego proseguiré el viaje. Estoy de vacaciones.

—¿Qué es lo que hay a dos kilómetros de aquí?

—Una zona deportiva en construcción. Yo trabajo en la empresa. Tengo que llevar una cosa a mi jefe. Desde ese momento empezarán mis vacaciones... ¿Sabe? El hombre que hablaba con usted en el tren tenía razón... Aquí ya no queda nadie. Eso será una prolongación más de París...

Mark subió a la furgoneta, cuya puerta la joven mantenía abierta.

—Usted vio lo que ocurrió en el tren.

—Vi que aquel hombre trató de apuñalarle. ¿Puedo preguntarle por qué huyó usted? Podía denunciarle a la policía.

—No serviría de nada.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho. Y no pregunte, por favor. No creo que mis respuestas pudieran solucionar el problema. Mi problema...

—Pensé que si deseaba huir —dijo ella, al cabo de un silencio—, este trasto podría ayudarle. El jefe lo hizo dejar en la estación

adrede. Luego debo proseguir el viaje. ¿Sabe dónde me dirijo? Cerca del lago Lemán. En la parte francesa, pero muy cerquita de Suiza. Me encanta aquello. Sobre todo en esta época calurosa. Allí el clima es estupendo. ¿Conoce aquello, señor...? ¡Oh! Es verdad. No nos hemos presentado. Me llamo Lorena y soy francesa. Usted ya veo por el acento que no.

—No. No soy francés.

—¿Americano?

Lorena no parecía cansarse de preguntar, a pesar de las evasivas de Mark que al fin volviéndose hacia ella, preguntó a su vez:

—¿Por qué quiere que vaya con usted? Soy un peligro. Además, usted ha visto lo ocurrido en el tren. Sabe que en vez de denunciar el hecho a la policía he preferido huir... ¿Qué pretende yendo conmigo?

—Tener compañía en mi viaje. ¿O es que pensaba usted otra cosa?

—¿Le parezco un hombre recomendable?

—Yo no juzgo a las personas por su aspecto. De ser así, no trabajaría con el señor Laforet. Es la imagen viva de un cerdo. Grita como un condenado y a menudo se pone como un energúmeno; pero paga bien, y yo trabajo para ganar dinero. Lo demás no importa.

—Así que tampoco le importa quién sea yo con tal de tener un compañero de trabajo.

—Bueno. Usted es atractivo y fuerte. Dos cualidades que admiro en un hombre... Sí. Soy de las que les gustan guapos, pero varoniles.

—Mire, Lorena. Soy un hombre al que alguien se ha empeñado en eliminar... No una persona sola, sino una poderosa organización. Vaya donde vaya, correré el riesgo de ser asesinado. La persona que vaya conmigo puede correr el mismo riesgo. En estos momentos soy gafe. ¿Sigue queriéndome como compañero?

—Sigo. Y no me diga que a usted le disgusta. Vi cómo me miraba en el tren.

—Es natural. Es usted atractiva.

—O sea que le gusto.

—Sí. Me gusta.

—Está bien, Johnny. No hay más que hablar. Seremos

compañeros.

—¿Por qué me llama Johnny?

—Porque no me has indicado tu nombre, y me fastidiaría tener que andar diciendo todo el rato: ¿Eh, tú?, ¡mira esto! ¡Eh, tú, hagamos lo otro! Porque pienso que podemos tutearnos. Yo tengo veinticuatro años.

—Me llamo Mark. Tengo treinta, pero a veces me parece haber vivido sesenta y, aunque soy el primer sorprendido, se me puede engañar como a un niño. Ahora mismo debería sospechar que te envía alguien para espiarme. Pero no lo pienso.

—¿Eres un espía?

—No.

—¿Un asesino?

—¿Irías conmigo si fuera un asesino?

—No lo sé... Nunca he conocido a un asesino... Al menos que yo sepa.

—Tranquilízate, no he matado nunca a ningún hombre. A lo más que he llegado es a baldarle a puñetazos, pero siempre por causa justificada y la víctima, por supuesto, merecía más en todos los casos.

—¿A qué te dedicas, aparte de huir de esa poderosa organización?

—He hecho de todo un poco, y todo me ha salido mal.

—¿Tienes dinero?

—Para ir tirando unos pocos días sin hacer despilfarros. ¿Alguna otra pregunta? ¿La cantidad exacta de francos que tengo en el bolsillo?

—¿Resultado muy preguntona? Prometo enmendarme. ¡Ah! Hemos llegado. No es necesario que bajes. Ya veo al cerdo de mi jefe discutiendo por allá abajo. Tardo el tiempo que emplee en ir y volver.

Mark observó sin demasiada atención las obras en gran escala que se estaban realizando en el lugar. Evidentemente se construía una piscina y las excavadoras iban de un lado a otro extrayendo tierra. En otro lugar, se anunciaba la construcción masiva de pistas de tenis.

Lorena, tras hablar con su jefe, regresó llevando consigo una maleta y lanzó al aire un grito de triunfo:

—¡Yupi! Libre al fin. Cuatro semanas sin la presencia de *Monsieur Laforet*, lejos del calor y del mundanal ruido, y con cuatro ruedas para mayor placer.

—Si a este trasto le llamas placer... ¿Quieres que conduzca yo?

—¡Oh, claro! Nos lo turnaremos.

Una hora más tarde por una carretera comarcal, Lorena observó cómo a Mark se le cerraban los ojos.

—¡Eh, eh! ¿No te confundes? Está amaneciendo; esto no es el crepúsculo.

—No he dormido en toda la noche, pero no nos estrellaremos.

—No querrás creerlo, pero yo sólo he estado acostada tres horas, preparando mis cosas y pensando en estas vacaciones. También tengo sueño. Por eso hablo tanto, pero dadas las circunstancias, propongo un alto en el camino. A descansar. Una habitación, dos camas. ¿Está claro?

* * *

Mark había mostrado cierto recelo, pero al fin vencido por el sueño quedó dormido.

Cuando abrió nuevamente los ojos, ignoraba el tiempo que había transcurrido. Tardó pocos segundos en recordar dónde estaba y con quién estaba, y al buscar a Lorena con la mirada se topó con ella. Le estaba encañonando con su propio revólver. Los ojos de la muchacha se mostraban fríos, duros.

El silencio duró un siglo. Luego ella pareció reaccionar:

—¡A que pensabas que iba en serio! ¡Je! Lo que puede un chisme de éstos en las manos... ¡Te lo creíste! —Tiró el arma sobre la cama. Mark la recogió y, sin decir palabra, se arregló la camisa, el pantalón, se colocó la funda en su sitio y cogió la chaqueta. Por último se plantó ante la muchacha, que seguía sentada al borde de la cama con un vestido distinto del que llevaba puesto al entrar en el hotel. La nueva ropa le favorecía, y resultaba mucho más atrayente, pero Mark no pensaba en ello cuando le soltó una sonora bofetada, advirtiéndole:

—Es mi turno de divertirme. Estamos en paz. Buen viaje.

Lorena reaccionó cuando él acababa de dar el portazo.

El salió a la carretera y hasta entonces no miró el reloj. Eran

cerca de las cuatro de la tarde. Apretaba el calor. Anduvo unos pasos y observó a un tipo que estaba mirando la furgoneta que Lorena había dejado al lado del parador en un improvisado *parking*.

Al mirar hacia el otro lado vio a otro tipo que parecía estar pendiente de sus movimientos. Mark volvió a mirar al que estaba cerca de la furgoneta y vio que éste se hacía el distraído.

¿Otra encerrona?

El ex detective no esperó a averiguarlo. Sacó su revólver y saltó sobre el tipo más próximo a la furgoneta. Haciéndole objeto de una llave se situó tras él y mientras le mantenía inmóvil apuntaba a su cabeza.

—¡Eh! Suélteme, yo... no...

—¡Tú...! —gritó Mark, dirigiéndose al otro—. Si no quieres que vuele la cabeza a tu compinche, aproxímate con las manos en alto. ¡Deprisa!

El otro dudó, mientras el que estaba atenazado por Mark, temeroso por su vida, exclamó:

—¡Vamos, Luc! Haz lo que te dice. Ese tipo es capaz de matarme. Está loco...

—Loco, ¿eh? ¿Te aproximas o qué? ¡Y con las manos en alto!

El otro obedeció.

—¿Qué quiere de nosotros?

Mark soltó al que tenía sujeto y obligó a ambos a separar las piernas y poner las manos sobre el capot de la furgoneta. Les cacheó a conciencia y les quitó a ambos sendas navajas automáticas.

—Conque llevabais buenas intenciones, ¿eh...?

La proximidad de un coche le obligó a volverse. Al instante vio a los gendarmes que se aproximaban a él.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió el jefe de los agentes.

Cuando ambos tipos se volvieron, el policía sonrió:

—¡Vaya, vaya! Mira a quiénes hemos encontrado... ¡Vamos, muchachos! Ha llegado la hora de pasar cuentas. ¿Eh? —Y volviéndose hacia Mark, el policía indagó—: ¿Los ha pescado usted?

Mark, que había guardado su revólver al cachearlos, asintió sin más explicaciones.

—Pretendían robarle la furgoneta, ¿eh? ¿Es suya? —Siguió el policía.

Fue la voz de Lorena la que replicó:

—No, agente. Es mía. Él ha impedido que ese par nos desvalijaran. Lo he visto desde la ventana...

—¡Ah! Viajan ustedes juntos, ¿eh? —comentó el policía.

—¡Claro! Nos detuvimos a descansar.

Y guiñó el ojo a Mark.

CAPÍTULO VIII

—Quisiera saber lo que te propones. Lorena.

Ahora era la muchacha la que conducía la furgoneta.

—En primer lugar, pedirte disculpas por la broma de antes. Comprendo que no debí hacerlo. En la situación que estás te di un buen susto... A veces me comporto como una inconsciente. Tenía bien merecida la bofetada que me diste.

—Si esperas que te lleve la contraria...

—¡Hombre! Podrías decir que lo sientes al menos. ¿No? Quedar bien no cuesta nada.

—Yo no soy hipócrita... Bueno, la verdad es que no te hubiera golpeado sin motivo... Cuando te vi apuntándome... Está cargada, ¿sabes? No se puede jugar con esas cosas.

—Entonces, ¿tú por qué juegas, Mark?

—Yo no juego, nena. Yo nunca juego. Creo que no jugué siquiera cuando era niño.

A partir de ahí hubo un prolongado silencio, que prácticamente no fue interrumpido hasta la hora de la cena.

Ella insistió en que cada cual pagara lo suyo. Luego prosiguió el camino. Estaba previsto que llegarían a su destino de madrugada.

Se retrasaron. La furgoneta tuvo una avería en la transmisión y Mark, pese a su empeño, no consiguió arreglarla.

—Iremos a pie hasta el pueblo. Un mecánico se llevará el cacharro este.

—Yo no dejo esto en la carretera.

—No temas, nadie va a robarlo.

—Ve tú a buscar al mecánico, así me llevará en el coche que traiga.

—Pero si sólo son dos kilómetros.

—No tengo ganas de andar.

—¿Prefieres quedarte sola en la carretera? Oye... anda mucho «gamberro» suelto.

—Correré el riesgo... ¡Déjame tu revólver!

—Eso ni lo sueñes. Allá tú. Si quieres quedarte, quédate.

Un coche los remolcó hasta el pueblo, y no volvió a hablarse más del asunto, pero como el mecánico dijo que la avería no estaría arreglada hasta el día siguiente, tuvieron que permanecer en la pequeña fonda de la localidad. No había aparcamiento, y Lorena sacó las dos pesadas maletas que llevaba consigo.

—Saca lo indispensable para la noche. Lo demás puede quedar en la furgoneta.

—¡Claro! Como tú llevas el equipaje encima, no piensas en los demás... Yo ahorro todo el año para comprarme unos trapos e irme de vacaciones. Si me lo roban, ¿qué?

—Ves ladrones por todas partes, y en cambio confías en el primer desconocido. Por ejemplo, yo.

Ella le miró y le sonrió con ternura. Mark acabó cargando con las maletas. Luego, en la habitación, ya sin el sueño apremiante de la mañana anterior, se sintieron más comunicativos.

Al final el diálogo tomó una mayor intimidad. Luego llegó el primer beso y el que le sigue.

Y al fin un mutuo impulso les llevó a la sublimación del momento amoroso.

Lorena aún dormía y muy a gusto por cierto, cuando Mark se estaba refrescando bajo una rudimentaria pero eficaz ducha.

La muchacha pegó un salto en la cama apenas despertar. Parecía haberse llevado el mayor susto de su vida. Luego empezó a buscar como si acabase de perder el mayor tesoro del mundo.

En realidad le faltaba una maleta y presintió algo.

Mark salió con una toalla arrollada a la cintura y una de sus escasas sonrisas en los labios.

—¿Buscas esto?

Apartó con el pie la sábana que cubría la maleta que la muchacha buscaba, y que estaba en el suelo. Abierta.

La maleta estaba repleta de dinero. Francos. Millones.

—Diez —confesaría Lorena más tarde—. Diez millones.

—¿Comprendes ahora por qué quería sentirme acompañada? Tenía miedo con esa fortuna encima... Necesitaba a alguien para que no vieran que viajaba sola...

—¿Y de quién es el dinero? ¿Del cerdo?

Ella asintió al cabo de un silencio.

—¿A Suiza, no?

Nuevo asentimiento de Lorena.

—¿Sabes la pena que imponen a los que evaden capitales...?

—El dinero no es mío.

—Tú eres cómplice. Lo pasas tú.

—¡El muy cerdo!

—No reniegues de tu jefe. El será tan cerdo como tú quieras llamarle, pero no me salgas ahora con que te obliga.

—No. Eso no... Pero es como si lo hiciera. Me paga muy bien y... bueno, el dinero hace tanta falta... ¡Trata de comprenderlo! ¿A mí qué me importa que unos cuantos francos crucen una frontera? Al fin y al cabo es papel.

—Filósofa y todo. Y ahora empieza a decir todo aquello de que el dinero es una asquerosidad. Pero tú no escupes sobre el dinero, y encima me lías a mí...

—Bueno. Si no quieres... Yo pensé que te había hecho un favor. A pie no hubieses ido muy lejos.

—Ya... Y ahora pretendes pasarme la factura.

Hubo un silencio. Ella le miró con el rabillo del ojo para terminar murmurando:

—No creí que un hombre como tú me saliera con tantos escrúpulos.

—Oye, bonita. Quiero aclarar una cosa para siempre. Yo no soy un santo precisamente, pero tampoco soy un delincuente. Puedo haber hecho cosas que estén en la frontera de lo que es lícito o no lo es, pero nunca he pasado ese límite.

—¿Y por qué quieren matarte?

—Porque para alguien sé demasiado.

—¿Dónde he oído eso? ¿En alguna película?

La muchacha sonrió.

—Sí, ríe. Pero esto es muy serio. Sé que me perseguirán. Esté

donde esté, surgirá un tipo y... He cometido una estupidez huyendo. No ceso de pensar en...

—Si crees que puedo ayudarte... Desinteresadamente, ¿eh? No creas que lo hago para que pases la frontera conmigo.

—Tú no puedes hacer nada, Lorena. Esto es personal. Y necesitaría un poco de tranquilidad, pensar...

Se acercó al ventanal de la habitación para observar la tranquilidad que se respiraba en el exterior. Todo estaba en calma.

«Un lugar bonito —pensó Mark—. Si no tuviera ningún problema... —Se volvió para observar a Lorena. Era hermosa. Se entregaba totalmente cuando amaba. Parecía ingenua a veces, pero ardía por dentro—. Sí... un lugar ideal para pasar una temporada sin preocupaciones, pero yo las tengo y debo resolver mis asuntos cuanto antes».

—Me iré sola, Mark —murmuró ella, arreglando sus cosas. Ahora tenía una expresión triste—. No quiero liarte más de lo que estás. Suiza está aquí al lado. No creo que me ocurra nada. De cualquier modo, es un riesgo que debo correr.

—Todavía estás a tiempo de devolver este dinero.

—Ojalá...

—¿Qué te lo impide?

—Bah... —Lorena se encogió de hombros como si de repente se sintiera cansada.

—Habla si quieres.

—Ya tienes bastantes preocupaciones...

Mark se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y se sentó al borde de la cama.

—Vaya par nos hemos juntado, ¿eh? ¿De veras te creías segura a mi lado? Si me liquidan a mí no te dejarán libre a ti para que lo cuentes.

—¡Mark! —exclamó de pronto en un arrebato.

—¿Sí?

—Escucha. Si alguna vez piensas en mí no quiero que creas que soy... bueno, quiero decir que no imagines que he hecho el amor contigo por interés... ¡Mark! Te doy mi palabra... Eres el hombre más interesante que he conocido. Creo que hasta me enamoraría de ti.

—Gracias por el cumplido.

—Te lo digo en serio, Mark.

—Es reconfortante.

—¡Mark! ¿Tengo problemas, sabes? No hago esto por dinero. — Y señaló la maleta—. Un hermano mío se metió en líos. Sólo el cerdo de Laforet puede echarle una mano, pero a cambio tengo que hacer lo que él me diga.

—Chantaje...

—Sí, chantaje, pero no tengo más remedio. Eso o que le encierren por unos cuantos años. Mi hermano es un crío. ¡Un puñetero crío, que quiso hacer una hombrada y ahora lo está pagando! Va a celebrarse un juicio, ¿sabes? Y el que salga bien o mal depende de la declaración de Laforet.

—¿Qué tiene que ver?

—Mi hermano trabajaba en la empresa; le quitó la fulanita a Laforet y éste le echó a la calle. Cuando yo intercedí no quiso saber nada. El bruto de Jacques, mi hermano, sin decirme nada a mí, por supuesto, intentó robar. Entró de noche con un amigo y trató de abrir la caja. No es de éstas tan complicadas. Se abre con una llave. Jacques lo sabía y pensó que le sería fácil descerrajarla, pero el vigilante nocturno les descubrió y, aunque tuvieron tiempo de huir, le reconoció. La policía vino a buscarlo y... así están las cosas.

—¿Y tu hermano confesó?

—Claro que no. Él lo ha negado siempre, pero ¿para qué vamos a engañarnos? Fue él. Aunque no se llevara nada, le pueden encerrar. Laforet está dispuesto a ayudarme a cambio de algunos favores. Lo del dinero, por ejemplo. ¿Qué debo hacer? Me liaría a guantazos con Jacques..., pero es mi hermano. Si dejo que le encierren será peor. Saldrá de la cárcel con amistades poco recomendables. He oído decir que se empieza así, y luego se va cayendo lentamente.

—¿Tu hermano es menor que tú?

Un silencio. Luego, Mark preguntó:

—¿Y qué pasaría si te largaras con ese dinero? Laforet sabe que puedes hacerlo. El no podría reclamarlo.

—Lo que Laforet sabe es que yo nunca dejaré a mi hermano en la estacada. Me conoce bien. No le creas un estúpido.

—Podrían robarte. Yo mismo. Supón que sea un maleante. Tú has confiado en mí.

—En realidad no contaba con que descubrieras el dinero. Si no hubiese sido por el percance del coche ya estaríamos en Suiza. Y tú no te habrías enterado de nada.

Mark admitió las razones de Lorena; luego murmuró:

—Déjame pensar un poco, ¿eh? Mientras tanto ve a desayunar. Que lo pongan en mi cuenta. Yo invito. Luego bajaré. Todavía es muy temprano.

Se levantó, la besó suavemente y le indicó la puerta, añadiendo:

—Anda, déjame sólo unos minutos.

Lorena asintió y, seguidamente, salió de la habitación.

* * *

Entretanto, Dean Stanley mantenía una comunicación telefónica con alguien que, a través del hilo, estaba diciendo:

—Lo del tren falló.

El hombre de la CIA hizo un gesto de disgusto y con su voz autoritaria espetó:

—Quiero saber dónde está. No puedo correr riesgos. Este asunto debe quedar zanjado cuanto antes.

La voz del teléfono replicó:

—Tengo alguien sobre su pista. Un verdadero experto.

—No quiero fallos esta vez.

Y Stanley colgó.

CAPÍTULO IX

A pesar del calor, el hombre joven llevaba chaqueta y corbata. Su traje color crema y sus impecables zapatos *beige* completaban el elegante atuendo del personaje que dijo ser periodista, y que estuvo hablando con los factores de la estación, preguntando por el suceso ocurrido en el tren. Nadie sabía nada con claridad. Parecía que todo se había reducido a una pelea, posiblemente por asuntos personales. Eso es lo que dijeron los factores al periodista.

Luego el tipo elegante se enteró de que el viajero por el que preguntaba se había dirigido, a pie, por el sendero que arrancaba de la estación.

El periodista volvió a su automóvil, y siguió el mismo camino que Mark Willer había tomado la mañana anterior.

Más tarde, el individuo llegaba hasta el polígono donde se realizaban las obras, y habló con uno de los capataces a las órdenes de Laforet —cerdo Laforet, que diría Lorena—, y prosiguió el camino en su llamativo descapotable gris azulado.

Era el mismo momento en que Mark se había quedado solo en la habitación del pequeño hotel.

Eran las diez de la mañana exactamente.

* * *

Mark repasaba los acontecimientos.

Pensaba que el hecho de haber sido utilizado para los complicados manejos de la CIA ya era motivo suficiente para querer eliminarle.

Pero pensaba también en las notas que mentalmente había

tomado de los documentos robados en la caja fuerte de Warren.

«Bases de misiles. Búsqueda de un barco hundido en la costa francesa».

¿Tan importantes podían ser ambas cosas para quitarle de en medio? Al fin y al cabo él no se había entretenido demasiado en aquellos detalles. No era de su incumbencia y, si se suponía que eran datos falsos que la propia CIA facilitaba a Warren para que los pasara a los rusos, razón de más para que todo cuanto él pudiera saber —que era bien poco— tuviera algún marcado interés secreto.

—Tiene que haber algo más —dijo casi en voz alta, tratando de dar en el clavo.

Se pasó ambas manos por los desordenados cabellos y murmuró:

—A no ser que...

Tenía la sensación de que estaba a punto de dar con la verdad. Presentía que estaba cerca de ella. Faltaba algún detalle, insignificante, pero que, a la postre, sería la clave...

—«Ahí puede estar la clave —le había dicho su amigo y colaborador Pierre—. Tú sabes eso. Es una prueba contra la CIA. Últimamente está muy desacreditada».

—La CIA está muy desacreditada —repitió Mark y entornó los ojos como si la incipiente luz fuera agrandándose gradualmente. Sí... Creo que ya tengo una parte del asunto.

* * *

El tipo elegante que dijo ser periodista, avanzaba ya por la carretera comarcal, después de haber dejado el polvoriento camino. Se detuvo en una gasolinera y preguntó por las señas de cierta furgoneta.

—No. No. ¿Un hombre y una mujer, jóvenes? En una furgoneta, por supuesto, no. Dice que fue ayer, ¿eh?

El del traje crema asintió, y el encargado del surtidor de gasolina corroboró la negativa.

—Gracias —replicó el periodista, dando media vuelta. No le había resultado muy difícil dar con la pista en aquella solitaria región. Ahora— informado por los de la obra —sabía que el hombre por el cual se interesaba viajaba en compañía de una muchacha joven bonita, de líneas anatómicas y muy sugestivas.

Sabía también que parecían dirigirse hacia el Este...

* * *

El teléfono con París era automático, por eso Mark pudo telefonar a Pierre sin necesidad de decir dónde estaba.

Lo hizo desde la cabina del hotel.

—Oye: quiero saber qué barco era el que se hundió en la costa mediterránea hace seis meses. El nombre del barco y el cargamento que llevaba. Y el tipo de barco.

—Pero ¿de dónde diablos llamas? —inquirió Pierre.

—No te preocupes por eso ahora. Te lo diré a su tiempo. Con uno que corra riesgos ya es suficiente.

—Me parece que exageras.

—Exagero, ¿eh? Pues en el tren ya intentaron liquidarme.

—¿Qué...?

—Lo que oyes. Stanley tiene los brazos muy largos.

—Pero no nos siguió nadie cuando fuimos a la estación. ¡Estoy seguro! El no podía saber...

—Lo sabía, Pierre, y apuesto a que ha lanzado a sus sabuesos contra mí. Más de un asesino a sueldo debe estar buscándome...

—¿Y dónde voy a llamarte cuando consiga la información, si es que la consigo?

—Te llamaré yo... Esta tarde. ¿Te va bien a las seis?

—Por mí... Desde luego. A las seis, pero no puedo asegurarte que encuentre lo que buscas. ¡Oye! ¿Es que has recordado algo importante?

—Es sólo una idea, Pierre. Creo que estoy en el camino de la verdad. ¡*Au revoir!* Y gracias, Pierre.

Colgó y se dirigió a la mesa donde Lorena acababa de tomar su desayuno y se entretenía leyendo un periódico matutino.

Cuando ella le vio aproximarse con aspecto risueño, se alegró.

—¿Todo marcha mejor?

—Marchará sin duda.

—¿Has decidido algo?

—Sí. Quédate aquí conmigo, ¿eh? Lo de Suiza puede esperar hasta mañana.

—No puedo dejar que Laforet se impaciente. Muy a pesar mío...

—Llámale por teléfono. Dile que el coche se ha averiado y que no podrás disponer de él hasta mañana. Al fin y al cabo si la avería hubiese sido más grande...

Ella le interrumpió:

—Dirá que alquile un coche, que vaya en taxi o con lo que sea, pero que siga mi camino. Son diez millones. No lo olvides.

—De todos modos ese Laforet es muy confiado...

—Ya te lo he explicado. Si yo le hago una trastada...

—De acuerdo, está tu hermano por medio, pero si él sigue negando, ¿qué pruebas existen en su contra? Un buen abogado le sacaría del embrollo.

—El vigilante que le vio.

—¿Le vio cara a cara?

—No, pero le reconoció.

—Ese testimonio se puede echar abajo. Es sólo una palabra contra otra. No... Espera. No hagas nada aún. Yo conseguiré algo. Hay un tipo que me debe dinero. En cuanto tenga las pruebas que necesito en vez de buscarme él a mí, seré yo quien le busque a él. Me cobrará lo mío y tendré dinero. Mucho dinero. Buscaremos a un buen abogado. Al mejor.

—No puedo aceptar eso, Mark. De ti, no.

—¿Qué tiene de malo mi dinero? Siempre será más honrado que el de Laforet.

Ella guardó silencio, cabizbaja. Mark le levantó la barbilla.

—Oye, no acostumbro a hacer regalos, ¿sabes? Pero tú me caes bien...

—Por eso...

—Ahora eres tú quien debe alegrar esa cara. Claro que... Piensas que mi ayuda es sólo utópica. Tengo que solventar mis problemas y no son nada fáciles. Y vivo pendiente del revólver de un pistolero.

Miró alrededor. No había nadie más que ellos en el comedor del pequeño hotel. Fuera —podían verlo a través del ventanal— reinaba la misma calma, la misma paz, propia de los pueblos casi siempre tranquilos y silenciosos, limpios de contaminación. Todo parece más puro en ellos.

—Espero que lo resuelvas todo, Mark.

—Lo resolveré. ¿Qué? ¿Te quedas?

Tras un silencio, Lorena decidió:

—Llamaré a mi jefe. En un momento vuelvo.

* * *

A mediodía, el periodista del traje color crema había dado ya con la gasolinera donde la pareja se detuvo a llenar el depósito de la furgoneta. Era en un cruce. El encargado se acordó del camino que tomaron y se lo indicó al que lo preguntaba.

El conductor del coche gris azulado descapotable aceleró, acercándose cada vez más a su destino.

* * *

Mark y Lorena habían pasado el día juntos recorriendo los alrededores del pueblo.

Se bañaron en el río y comieron sobre el césped y bajo la sombra de unos sauces lo que habían comprado en la tienda, incluido un buen vino de la región, el Rhóne.

—La gente va a tostarse a las playas cuando aquí tienen un verdadero paraíso —dijo Mark—. Con Eva incluida.

De nuevo el amor físico sació sus mutuos deseos y alrededor de las seis regresaron. Mark se detuvo en una cabina interurbana y marcó el número de su amigo Pierre en París.

—Me he pasado todo el día revolviendo periódicos —explicó su colaborador—. Y no encontré nada sobre ese naufragio.

—Pues sí que es mala suerte. Sigue intentándolo. Busca periódicos extranjeros, Pierre. Piensa que es urgente. Cada minuto que pasa peligrá más mi vida.

—Lo sé, pero ¿y si se trata de una falsa información? Puede que no exista ningún barco hundido. Tú mismo me explicaste que esa información era manipulada adrede...

—Sí, Pierre, pero tengo la sospecha de que este hundimiento existe. Es más. Estoy seguro. Así que te agradeceré que sigas buscando.

—De acuerdo. Y aunque así sea. Supón que encuentro lo que buscas. ¿Qué probará?

—Un montón de cosas.

—¿Y cómo te librarás de Stanley?

—Di más bien cómo le desenmascararé, Pierre. Te llamaré por la mañana. A las diez.

Pierre lanzó un bufido a través del hilo telefónico.

—Me estás resultando un negrero. ¡Está bien! No pegaré un ojo, pero conseguiré lo que quieres.

—Eso espero. ¡Y esta vez cobrarás! ¿Te alegra saberlo? ¡*Au revoir!*

Y el americano colgó.

Luego, al regresar a la furgoneta, donde esperaba Lorena, le dijo:

—Le has dicho a tu jefe que no podrás continuar hasta mañana, ¿eh?

—Sí, y se ha puesto furioso, ya te lo dije.

—Bueno. Mañana estará todo resuelto. Ahora, vamos.

—¿Adónde?

—A París.

—¿Estás loco?

—En absoluto. Vamos a París y quiero que me acompañes. No te preocupes. Si mañana insistes en pasar el dinero, estarás de vuelta. Te lo garantizo. Pero antes tienes que hacerme un favor.

* * *

Mark había colocado las maletas en la furgoneta. Pagó ya la cuenta del hotel y encendió un cigarrillo mientras esperaba que Lorena bajara de la habitación donde se había olvidado algo.

En realidad, lo que la muchacha hacía en la habitación era llamar por teléfono.

—Volvemos a París —dijo cuando alguien descolgó al otro lado del hilo.

—¿Y lo otro? —preguntó la voz.

—El quiere que le acompañe... Escucha, no me gusta este juego.

—Entonces retente un poco más. Quizá te ahorres el viaje.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Ya lo verás.

—No me gusta. No me gusta esto.

—Nadie te ha preguntado si te gustaba, preciosa. Retenle. Eso es todo.

La voz dejó de oírse. Un chasquido indicó a la joven que su interlocutor había colgado.

Ella se aproximó a la ventana y vio a Mark junto a la furgoneta, dando las últimas chupadas a su cigarrillo, que echó al suelo y aplastó con el zapato.

Un coche se aproximaba a marcha lenta. Mark miró hacia arriba y al ver a Lorena hizo un ademán de impaciencia. Señalándole el reloj.

Ella hizo un gesto afirmativo con una sonrisa forzada.

El automóvil pasó por delante de la furgoneta. Mark miró distraídamente a los dos hombres que ocupaban la parte delantera del asiento, y luego volvió a consultar su reloj.

Las seis y diez minutos.

CAPÍTULO X

Cuando Lorena iba a salir del hotel para dirigirse a la furgoneta, regresaba el automóvil que había pasado momentos antes por delante de la furgoneta.

La muchacha iba a cruzar en aquel instante.

Mark, pendiente de ella, no advirtió el negro cañón que en aquellos instantes asomaba por la ventanilla del coche.

Un arma silenciosa, infalible, era empuñada por el compañero del conductor.

Una centésima de segundo antes de que un par de balas silenciosas surgieran del cañón, Mark se había vuelto. Justo el tiempo de lanzarse al suelo.

Dos redondos agujeros perforaron la parte alta del cristal de la puerta de la furgoneta, donde un instante antes estaba la cabeza de Mark.

El americano, rodando sobre sí mismo, esquivó la tercera bala que su asesino le dedicaba, ya en posición forzada.

Al propio tiempo, Mark desenfundó su revólver, que no llegó a usar porque el auto en el que viajaba el autor del atentado doblaba ya la primera esquina.

—¡Mark! —gritó la muchacha, aterrada, yendo a su encuentro.

—¡Vuelve al hotel! —gritó él, saltando hacia la furgoneta.

—¿Estás bien, Mark?

—Creo que sí. Pero vuelve dentro. Esos tipos regresarán.

Puso en marcha el vehículo para seguir al coche de los agresores, que le había tomado considerable ventaja.

Trató de seguir su mismo rumbo, pero al llegar a la segunda calle perdió su rastro.

—¡Malditos! ¡Volverán! Ésos volverán...

—... Volverán —repitió a Lorena—. Y no es agradable viajar con la muerte en los talones.

Habían llegado a la pequeña estación ferroviaria del pueblo. Faltaban diez minutos para que llegara un tren con destino a Amberieu.

—Dejaremos las maletas en la consigna. Yo lo haré. Tú, mientras, aleja la furgoneta de la estación. Es mejor no dejar rastros. ¡Espera! Yo conduciré. Sería peligroso si lo hicieras tú. Pueden estar acechándonos cerca de nosotros. Compra el billete entretanto. Que te lo vendan directo a París. ¡Vamos, date prisa!

Le dio algún dinero y salió nuevamente hacia el vehículo.

Miró alrededor. No había nadie. Al menos nadie que llamara su atención. Un par de hombres se hallaban sentados bajo el toldo del bar de la plazoleta de la estación. Nadie más.

Con la furgoneta llegó hasta un garaje-taller y se metió dentro.

Un perezoso empleado asomó de alguna parte.

—¿Puedo dejarla aquí?

Y sin esperar respuesta le largó un par de billetes de diez francos y salió corriendo.

Tampoco vio el menor rastro del automóvil de los asesinos, pero sabía que le estaban buscando.

El aire trajo el lejano pitido del tren y, a todo correr, regresó a la estación.

Un cuarto de hora más tarde, ya en el vagón del tren, Mark recalcó a su joven y bonita acompañante:

—En Amberieu tenemos un enlace para París. Llegaremos esta misma noche sobre las doce más o menos.

—¡No vayas a París, Mark! —espetó ella, rompiendo su propio silencio.

—Allí es donde más seguro estaré. Tengo alguien que puede ayudarme y seguramente tendrá la información que deseo...

—¡No vayas! —insistió ella.

—Es lógico que tengas miedo. Escucha... Si temes por ti... no me acompañes; me apañaré solo.

—No, Mark, no temo por ti. Es que... —Pero no dijo más.

Tras el correspondiente transbordo, el rápido les llevaba ya

rumbo a la capital francesa.

—Vamos a comer algo en el coche restaurante —dijo.

Ella no parecía tener demasiado apetito.

—Tomaré un bocadillo más tarde.

—¿Arrepentida de acompañarme?

Ella no contestó. Estaban solos en el compartimento de primera clase. Mark tenía la puerta abierta que daba al corredor, y sentado próximo a éste miraba frecuentemente para observar si alguien se acercaba.

Lorena, frente a él, observaba la otra parte.

—Sé que no es agradable viajar en estas condiciones, es necesario acabar cuanto antes.

Y ante el continuo silencio de la joven, Mark prosiguió:

—De todos modos ellos te han visto conmigo. Tú eres un testigo y por esa razón corres peligro.

—Mark... Tú te arriesgarías por mí, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque creo que lo harías.

—Si hiciera falta... ¡Espera! Se acerca alguien. Sal fuera y avísame si sigue. —Y Mark fingió leer un periódico, pero tras el papel empuñaba su revólver.

El hombre que avanzaba por el pasillo iba mirando los distintos compartimentos por los que pasaba.

—¿Dónde está? —preguntó Mark a Lorena.

—Se acerca —informó ella.

Mark dispuso el arma para ser disparada en el acto.

Lorena se apartó levemente, indicando que el hombre estaba prácticamente allí.

Mark podía verlo ya. Era un tipo alto, fornido, de tez tostada por el sol. Se detuvo y miró el compartimento.

—¿Está vacío? —preguntó.

Lorena entró, diciendo:

—Sí.

—Con su permiso. —Y el viajero fue a ocupar un lugar a la ventanilla.

Mark observó que el hombre no llevaba ninguna clase de equipaje. Y fingiendo mucho interés en la lectura con el rabillo del ojo observaba al recién llegado sin soltar la pistola.

Con una seña indicó a Lorena que saliera fuera. Luego él la siguió y, poco después, se hallaban ambos en el bar. Había bastante gente tomando bocadillos, bebiendo o charlando simplemente.

Se situaron en un rincón. Otra pareja que acababa de tomar sendos bocadillos les cedieron el sitio.

—¿Crees que es uno de ellos? —preguntó Lorena.

—No lo sé, pero cambiaremos de sitio.

Poco después, el camarero les trajo sendos platos combinados y otras tantas cervezas.

—Voy a decirte lo que tienes que hacer. Esta misma noche... ¿Me escuchas?

—Mark...

—No me interrumpas... En la Embajada hay un tal Parker. Es del servicio de información. Stanley es sólo un agregado, pero Parker es el jefe. Necesito hablar con Parker. Tendremos que buscar su número de teléfono particular. Vas a citarle, pero tienes que llamarle tú sin decir de qué se trata. Sólo que es un asunto de vital importancia para su país. A mí no tienes que nombrarme en absoluto. ¡Ah! Y lo más importante: que venga solo.

Lorena permanecía silenciosa, como si no le importara lo más mínimo lo que Mark le estaba diciendo. El observó lo que parecía un extraño desinterés y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Tienes miedo?

—Mark —murmuró por fin la muchacha, muy suavemente—. Mark... bájate en la primera estación, vete lejos, huye y olvídate...

—¿Qué estás diciendo?

—Te he mentado, Mark... Te he mentado.

—¿Qué?

—Sí, Mark. Yo no sabía que esto era tan grave. Pensé que... ¡Oh, Dios mío! «Ellos» saben ya que vas a París. Saben que vamos los dos a París...

—¡Trabajas para Stanley! —exclamó Mark, con los dientes prietos.

CAPÍTULO XI

Cuando regresaron al compartimento, el viajero que había venido últimamente ya no estaba.

Lorena, con los ojos brillantes y el pesar reflejado en su mirada, continuó:

—Debes creerme, Mark... Yo no sabía hasta qué punto eran capaces de llegar. Te lo he contado todo. Sé que mi hermano puede salir perjudicado, pero no quiero que a ti te maten.

—Lo de tu hermano es cierto al menos —repuso él despectivamente.

—Sí, Mark, todo es cierto... Yo tenía que limitarme a no perderte de vista. Esto es lo que me encomendaron.

—Pero cuando atentaron contra mi vida en el tren...

—Yo no sabía que se trataba de lo mismo. Creí que... ¡Yo qué sé! Si te hubieran matado allí, eras un desconocido para mí, no hubiera sentido nada y habría llamado por teléfono diciendo que alguien te había apuñalado. Pero luego te he ido conociendo y...

—Formaba parte de tu plan. Para seguirme lo mejor era estar a mi lado...

—Sí, Mark, pero no pensé que llegaría a enamorarme de ti ¡Oh! Debo estar loca. No sé lo que me pasa. No me creas si no quieres, pero te estoy contando la verdad.

—No sé si eres sincera o es ahora cuando me estás preparando una trampa —dijo Mark, después de un silencio.

Lorena negó con la cabeza.

—Es lógico que no te fíes de mí. Pero ¿qué ganaría yo contándote todo esto?

Otro silencio.

—¿Quién te dio la orden de seguirme? ¿Y cuándo? —Se llama

Marcel.

—¿Marcel qué más?

—Marcel Perrier. ¿Le conoces?

Mark negó con la cabeza.

—¿Y Laforet? ¿Qué pinta en todo esto?

—Marcel y Laforet trabajan juntos —explicó ella—. Yo tenía que avisar a Marcel para decirle dónde estabas. Nada más. Luego tú me dijiste que querían matarte y la verdad es que no te hice mucho caso, pero luego empezamos a conocernos mejor y... ¡Cielos! Si saben que te he contado todo esto...

—Si has dicho la verdad, Lorena, aunque no lo sepan, tu vida corre tanto peligro como la mía.

—¿Por qué?

—Porque también sabes demasiado.

—No serán capaces de... ¡Dios mío! Pero ¡qué he hecho yo...! Laforet con el dinero, Marcel me pide que le informe de dónde estás y ahora tú me dices que me matarán.

—Ya has visto de lo que era capaz ese Marcel. —Y tras una pausa, durante la cual Lorena reflexionaba seriamente sobre su situación, añadió—: ¿Le has dicho a ese tipo a qué hora llegaríamos a París?

Ella negó con la cabeza y añadió:

—Me pidió que te retuviera donde estábamos. Dijo que iba a ahorrarme el viaje.

—Claro, esperaba que ese par de pistoleros me liquidaran. A estas horas deben estar buscándonos a los dos.

—¡Mark! Haré todo lo que tú me digas.

—Veamos. ¿A quién más conoces?

—A nadie más.

—¿Y sabes a qué se dedica ese Marcel?

—Trabaja para Laforet.

—¿No has oído nunca hablar de un tal Stanley? —No.

—¿Y Parker?

—No.

—Si me mientes otra vez...

—Mark... Mi hermano está en peligro. Y ahora más que nunca... No debí confiar en ese cerdo de Laforet.

—Tendré que fiarme de ti. Ahora no tengo más remedio. Seguiré

con el mismo plan que me había trazado.

Se interrumpió. De la parte más cercana del corredor había vuelto a aparecer el viajero que vino en último lugar.

—¡Cuidado!

Lorena estaba asustada de veras.

El hombre se acercó con paso lento, pero seguro. Llevaba la mano derecha oculta en el interior de su chaqueta deportiva.

Mark hizo una seña a Lorena para que se apartara.

El hombre se detuvo unos instantes al ver a Mark, que se asomaba ligeramente; luego continuó sin quitar la mano del interior de la chaqueta.

Por fin el individuo se plantó ante la entrada del compartimento y sacó su mano oculta.

CAPÍTULO XII

Mark estaba prevenido, por eso tan pronto como el sujeto asomó la mano, se incorporó de un salto y empujó al otro fuera del compartimento, al mismo tiempo que le hacía objeto de una llave perfectamente eficaz para mantenerle inmóvil.

—¡Se ha vuelto loco! ¡Suélteme! —gritó el otro.

Mark le golpeó rápidamente el abdomen con movimiento preciso.

De nada sirvió la corpulencia de su antagonista, que quedó totalmente a merced del americano.

Mark le obligó a dar la vuelta, manteniéndole un brazo pegado a su espalda.

Le cacheó rápidamente, comprobando que no llevaba ningún arma.

¡Se había equivocado!

—¡Pero qué diablos...! —empezó el de la tez bronceada.

Mark hizo una seña a la muchacha.

—Vamos, nos hemos equivocado...

Se alejaron, mientras el maltrecho pasajero comenzaba a reaccionar. Y al tiempo que desentumecía sus músculos y se arreglaba las ropas, gritaba:

—¡Pareja de gamberros! ¡Me las pagarán! Les denunciaré...

Mark y Lorena saltaron del tren en la estación donde el tren se detuvo un minuto más tarde.

Estaban en Melun, a cuarenta y cinco kilómetros de París.

—¿Qué haremos ahora?

—Alquilar un coche. Es más seguro.

A las 0.30 horas de la madrugada, la pareja se había alojado en un pequeño hotel del barrio Latino. Uno de esos lugares donde se

cobra por adelantado, y al encargado le basta con que los clientes firmen la ficha sin exigir la carta de identidad.

En diez minutos, Mark Willer había dado con el teléfono de Parker, del servicio de información de la Embajada de Estados Unidos. Un minuto más tarde, Lorena se ponía en contacto telefónico con él, siguiendo las instrucciones de Mark.

—Es muy urgente —insistió la joven—. Sí. Debe ir usted solo. Insisto. Es muy importante para su país.

—¿Quién es usted? —preguntó el tal Parker.

—Mi nombre no le dirá absolutamente nada, pero es imprescindible que hable con usted.

—¿Cómo la reconoceré? —preguntó la voz de Parker.

—Iré en un taxi. —Y a continuación le facilitó las señas de la cita y añadió—: Si sabe de algún otro sitio más discreto, puede indicármelo. No tengo inconveniente, siempre que sea un sitio abierto. Ya me entiende...

Cuando Lorena colgó, todo estaba ya a punto para la entrevista.

—Tú quédate aquí. Si dentro de una hora no estoy de vuelta llama a ese número.

Y Mark utilizó uno de los billetes del tren para anotar un teléfono.

—Pregunta por Pierre —dijo, dejando el billete sobre la mesilla de noche de la pequeña habitación.

—No estaré tranquila hasta que estés de vuelta.

—Todo irá bien, pero si hay algo que no me has dicho...

—No, Mark. Ya lo sabes todo. Marcel me llamó a las cuatro de la madrugada para decirme que te siguiera. Le dije que tenía que hacer un encargo para Laforet, y añadió que podía hacer las dos cosas a la vez porque el hombre al que debía seguir iba en la misma dirección. Añadió que encontraría la furgoneta en la estación.

—Eso parece indicar que el tal Marcel suponía que, al llegar a esa estación, ya me habrían apuñalado, en cuyo caso tú habrías llamado comunicándole mi defunción. Seguramente lo que él quería: que alguien le confirmase mi muerte...

—Marcel no me contó lo que se proponía. Sólo me pidió eso que te he dicho.

—Bien, bien... Luego nos ocuparemos de tu Marcel y de Laforet y de todos los granujas que están implicados en lo mismo.

Segundos después, Mark abandonaba el hotel del barrio Latino y luego, a bordo de un taxi, se dirigía al lugar de la cita.

A las 12.50 el vehículo dejaba el *boulevard* Hausmann, con dirección a la Medeseine. Al llegar a la Concordia siguió hasta L'Etoile,

y Mark observaba continuamente cualquier posible seguidor.

Tras rodear el Arco de Triunfo, bajó hacia el palacio de Chaillot.

El final de la ruta era la Estatua de la Libertad, frente al puente de Grenelle.

—Deténgase ahí mismo y espere —ordenó Mark al conductor.

No tardó en aparecer un coche americano, que aminoró la marcha, haciendo intención de cruzar el puente.

—Póngase en marcha —indicó Mark al conductor—. Pase por delante de ese coche.

El taxista frunció el entrecejo al comprobar que allí estaba sucediendo algo poco corriente, pero obedeció.

Cuando Mark comprobó que Parker era el propio conductor del vehículo y no había nadie más dentro del coche, hizo detenerse al conductor al que ordenó:

—Espere ahí.

Salió del taxi y avanzó hasta el coche americano. Parker reconoció a Mark, porque le había visto en un par de ocasiones.

Junto al de la Embajada, Mark murmuró:

—Hágame sitio, Parker. ¿Ha venido solo?

—¿Y la chica que me llamó? —inquirió Parker.

—No quería que pudieran reconocer mi voz. Déjeme sentarme al volante si no le importa. Daremos una vuelta mientras le cuento una historia.

—¿Una historia? ¿Es importante para mi país o para usted?

—Digamos que para los dos.

Miró alrededor antes de subir al auto. Parker se hizo a un lado y, poco después, Mark daba el encendido.

El taxi les siguió. Mark ya le había dado las correspondientes instrucciones con anterioridad.

—Esto no es jugar limpio. Su taxi nos sigue —dijo Parker.

—Es por mi integridad. Quiero regresar vivo.

—¿Qué le hace suponer que puedo atacarle? Usted y yo apenas nos conocemos.

—Pero usted es amigo de Stanley. Y es de él de quien quiero hablarle.

—¿Dean Stanley?

—¿De veras no sabe nada, Parker?

—Mire, amigo. Tengo mucho que hacer durante el día. Me ha hecho levantar de la cama sin ser demasiado explícito. Ahora dígame lo que tenga que decirme y no me haga perder más tiempo.

—De acuerdo, Parker. Ésa es la historia: Stanley me contrató en nombre de la CIA. Bueno, él dice que fue en nombre propio. Pero me habló de la CIA. Yo venía a ser algo así como un subagente... Bueno, en realidad era menos que esto. Stanley me contrató como lo hubiera hecho con un simple asesino a sueldo.

—Supongo que tendrá razones convincentes en qué apoyar sus acusaciones...

—Si me deja seguir...

—Por supuesto.

—Bien, Parker... Acepté por dinero, claro, pero óigame bien...

Y mientras iba dando vueltas por la zona, Mark Willer explicó al hombre del servicio de información toda la historia, con los detalles de su culminación.

Catorce minutos más tarde concluía:

—Usted puede comprobar lo que le digo. También es de la CIA y debe de estar al corriente de todo. Por mi parte, mañana espero poder facilitarle las pruebas que necesito.

—¿Para demostrar que Stanley es un traidor? —sonrió Parker, sin mostrarse demasiado impresionado por el relato que acababa de escuchar.

—Exactamente, Parker...

—¿Y cómo piensa probarlo?

—Demostrando que lo que tenía Warren no era información falsa, sino auténtica.

Parker frunció el entrecejo, y Mark aclaró:

—Admito que al dejar al descubierto a Warren, pude fastidiar el plan de Dean Stanley. Es lógico, pero eso no justifica su interés en eliminarme.

Y siguió:

—Pero yo tuve esos documentos en mis manos. Y los leí. Stanley asegura que la información que suministraban a Warren era falsa,

para confundir a los rusos, pero si se demuestra que esa información no es falsa, sino auténtica, quedará demostrado que Stanley fingía facilitar falsa información a Warren, pero en realidad le pasaba auténticos secretos, con lo que quedaría al descubierto su condición de agente doble, o dicho de otra manera, de trabajar en favor de los rusos. Y eso es lo que él quiere evitar. Por eso trata de eliminarme...

—No creo que lo que usted pueda facilitar como pruebas consiga demostrar nada. Todo es más complejo de lo que un simple aficionado pueda pensar.

—Mire, Parker, con franqueza. A mí me importa un comino que Stanley sea o no un agente doble. No me interesa en absoluto que ese tipo juegue con dos barajas. Lo único que quiero es salvar mi pellejo, y si es posible cobrar lo que me ofreció.

Se hizo un largo silencio, mientras el automóvil discurría por la Escuela Militar rumbo a Los Inválidos. El taxi seguía detrás.

Parker rompió la larga pausa y habló con mucho aplomo:

—Señor Willer. En primer lugar quiero que sepa que Stanley negará siempre que le haya utilizado a usted. Aunque nombre esos documentos. Comprenda. Cada sección trabaja independiente de las demás. ¿Sabía alguien su trato con Stanley?

—¡Claro que no!

Parker sonrió:

—¿Se da cuenta? Sin pruebas.

—¡Claro! Ése es el sistema de ustedes. Cuando alguien les estorba, lo eliminan. Contratan a un imbécil como yo y después se lo quitan de encima. Exigen tanto secreto, que no hay manera de que más de dos personas sepan la misma cosa. Pero le advierto, Parker, que conmigo han encontrado un hueso duro de roer.

Frenó en seco al comprobar que el taxi seguía detrás.

—Espere, Willer. Yo no he dicho que le crea o le deje de creer. En realidad, me gustaría tener pruebas de lo que dice. No todos los días se tiene la oportunidad de descubrir a un agente doble... Le espero mañana. A mediodía. Aquí mismo. Traiga lo que tenga.

—Sí. Y me guardaré alguna copia por si acaso.

—Comprendo su desconfianza, Willer. Adiós y tenga cuidado.

—Lo tendré, Parker.

* * *

Más tarde, en el hotel del barrio Latino, Lorena recibía con satisfacción el regreso de Mark.

—Todo perfecto. Mañana te llevaré a un sitio seguro. Cuando termine todo esto podrás regresar y reemprender la vida normal.

—¿Dónde quieres que vaya? ¡Oh! ¿Y tú?

Mark estaba pensando en la hermana de Ivonne y en el lugar donde vivía. Un sitio que nadie conocía.

—Yo, entretanto —explicó el hombre—, me pondré en contacto con mi amigo. Si ha conseguido lo que le pedí, todo quedará arreglado.

Inmediatamente se puso en contacto con Pierre a través del teléfono.

—¿Qué hay de lo que interesa? —preguntó al oír la voz del francés.

—Muchacho. Creo que estás equivocado. No hay referencia de lo que buscamos. No existe ningún buque hundido... ¿Desde dónde llamas ahora?

—De París, Pierre. De París. Sigue buscando. ¡*Au revoir!*

Por toda respuesta, Pierre lanzó un bostezo al aire. Luego colgó el auricular.

Cuando a la mañana siguiente, Mark despertó, Lorena seguía profundamente dormida. Era temprano y pensó que todavía podía dejarla unos minutos más en brazos de Morfeo. El tiempo que tardara en tomarse una buena ducha. El tiempo seguía caluroso y en aquella pequeña habitación se acentuaba aún más la temperatura.

La ducha estaba en el corredor. Mark salió con la toalla enrollada al cuerpo para meterse en el cuarto de la ducha, donde abrió el grifo y dejó que el agua fría resbalara por todo su cuerpo.

* * *

El hombre del coche descapotable se había alojado en el mismo hotel que lo hicieron Mark y Lorena la noche anterior.

Había preguntado por la pareja y se había interesado por la habitación que ocuparon.

Luego había registrado a conciencia la estancia y posteriormente salió a la calle como si quisiera familiarizarse con los alrededores.

Quizá por azar, por intuición o por la pericia de un profesional en su género, dio con el garaje donde Mark Willer había dejado la furgoneta.

—No sé —informó el perezoso encargado—. Dijo que le guardara la furgoneta. Me dio veinte francos y se marchó corriendo. Parecía tener mucha prisa. ¿Es usted de la policía?

—No, no. Digamos que sólo me intereso por esa pareja. Nada más.

—¿Una pareja? Yo sólo vi a un hombre. El que usted me ha descrito. Se dirigió hacia allí.

Señaló la calle que conducía a la estación del ferrocarril.

—¡Ah!

Y el del traje crema preguntó más tarde si salía algún tren hacia la frontera.

—No —le dijo el empleado de la estación—. Hay que ir a Amberieu primero.

Luego, hablándole de la pareja compuesta por Mark y Lorena, a los que describió, el de la estación recordaba perfectamente:

—Sí. Compraron billete para París. A las siete de la tarde hay un tren rápido con destino a París, vía Lyon. Desde Amberieu.

—¿A qué hora llega a París?

—A medianoche —respondió el empleado.

—Gracias. ¿Dónde hay un teléfono?

El hombre que decía ser periodista mantuvo una conversación telefónica con alguien, desde una cabina. Luego tomó el automóvil y recorrió a todo gas los cincuenta y pocos kilómetros que le separaban hasta Lyon, en cuyo aeropuerto consultó la lista de vuelos a París. Tuvo suerte porque encontró uno cuya salida estaba anunciada para siete minutos más tarde.

—Sí —le dijo la empleada—, hay plaza.

—¿A qué hora llega a París?

—A las diez y cuarto estará usted en Le Bourget, señor.

—Gracias.

Dos horas antes, en París, Mark Willer salía de la ducha, con la piel fresca y el cuerpo lleno de vigor.

Abrió la puerta de la habitación, pensando en despertar a Lorena. Pero al entrar vio a la muchacha sentada en la cama, cubriendo su cuerpo con la sábana y mirando algo con ojos llenos de terror.

—¡Cierre la puerta! —ordenó la voz del hombre que hasta entonces había mantenido encañonada a la muchacha.

Era un tipo alto y enjuto, que empuñada una «*Parabellum*» que ahora dirigió hacia el americano.

Mark cerró la puerta, lamentando que su revólver estuviera demasiado lejos. Medio desnudo como estaba no podía hacer otra cosa que obedecer.

—¿Es uno de tus amigos? —preguntó Mark a la muchacha.

—¡Ni siquiera le conozco, Mark!

—Dejen de discutir y vístanse. Deprisa. Muévanse.

—¿Quién demonios le envía? ¿Parker? —espetó Mark.

—No haga preguntas y vístase.

Y accionó el arma.

—Si piensa disparar, ¿por qué no lo hace ahora? ¿No quiere comprometerse? ¿Eh? Ha sobornado al del hotel para que le indicara cuál era nuestra habitación.

—¡Basta de charla! He dicho que se muevan.

Lorena buscó con una mano la blusa que estaba en el suelo y se la puso, sin soltar la sábana que la cubría.

Al de la «*Parabellum*» no parecía importarle demasiado el físico de la muchacha, para él lo importante era no perder de vista ningún movimiento de la pareja.

—Piensa darnos un paseo y liquidarnos lejos de aquí —dijo Mark—. Me gustaría tener una charla con Parker.

Soltó la toalla y comenzó a vestirse.

CAPÍTULO XIII

El tipo de la «*Parabellum*» les obligó a salir delante de él. Escondió el arma, pero les mostró un revólver del 22 que guardaba convenientemente amartillado y a punto de disparo en el bolsillo de la chaqueta.

—Si intentan hacer algún movimiento poco claro, les aso a los dos. Están advertidos.

Mark sabía que lo haría y por eso con un movimiento de cabeza indicó a la muchacha que obedeciera.

El tipo les había indicado el «Peugeot» que estaba aparcado en la plazoleta.

Otro individuo que estaba a la espeta, se apresuró a subir al lado del volante, mientras que el que conducía a la pareja indicó a Lorena:

—Tú delante y tú conmigo, detrás. Y nada de tonterías.

Lorena ocupó el asiento contiguo al conductor, y Mark se sentó al lado del hombre de la «*Parabellum*», que una vez dentro del vehículo la volvió a esgrimir mientras ordenaba a su compinche que arrancara.

Cuando hubieron dejado atrás el tráfico de la ciudad, enfilaron por una carretera en dirección Sur, para doblar nuevamente hacia la zona de los vertederos.

«Están buscando un lugar apartado y solitario», pensó Mark.

Por su parte, Lorena también pensaba en el modo de llamar la atención del conductor para distraerle. Intuía que Mark estaba barruntando el modo de librarse de aquella difícil situación y se proponía colaborar.

Las piernas de una mujer suelen a menudo ser un arma más peligrosa que un revólver. Lorena, descuidadamente, procuró que su

falda quedara elevada de modo que pudiera lucir sus preciosos muslos.

El conductor, menos escéptico que el de la «*Parabellum*», lanzó un par de miradas a aquellas piernas bien torneadas, mientras ella. —Lorena— en un gesto propio de la calurosa estación, se echaba hacia abajo la blusa, pronunciando de este modo su escote, que dejaba entrever el arranque de los senos.

El conductor sonrió. Le gustaba, sin duda, por eso la miró una vez más.

—Sólo falla ese condenado calor —dijo—. Si al menos supiera dónde nos llevan.

El conductor iba a decir algo, pero se abstuvo, y Lorena cambió de posición, aumentando la ración de vista que estaba proporcionando al hombre que tenía al lado.

Mark se daba perfecta cuenta de la maniobra de distracción de su compañera y preguntó al de la «*Parabellum*», que mantenía el cañón del arma prácticamente clavado a sus costillas:

—¿Puedo fumar?

El otro asintió en silencio.

Mark metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta para sacar un paquete de cigarrillos americanos, y empujó el cañón, murmurando:

—Tío es necesario que aprietes tanto.

Se palpó la funda sobaquera, que ahora estaba vacía porque su apresor se había cuidado de quitarle el revólver, y buscó una carterita de cerillas.

—He dicho que no aprietes tanto. ¿Eres sordo? ¿Cómo diablos quieres que me escape?

Encendió el fósforo y lo mantuvo un instante sin acercar la llama al cigarrillo.

El conductor se había vuelto una vez más hacia el escote de Lorena, que en este momento cruzó las piernas de forma provocativa.

—¡Eh! —exclamó el de la «*Parabellum*»—. Es a la izquierda. ¿Estás durmiendo?

El conductor volvió la mirada hacia adelante, y viró bruscamente.

«Ni hecho a propósito», pensó Mark, y dejó caer la cerilla

encendida sobre las piernas del que tenía al lado.

Instintivamente, al sentirse quemado, el de la «*Parabellum*» hizo un gesto característico para quitarse de encima el fósforo, momento que aprovechó Mark para —con movimientos que había previsto de antemano— apartar de sí, de un codazo seco, el arma que le encañonaba, al tiempo que con la otra mano aplastaba el cigarrillo contra el rostro de su enemigo.

En el breve forcejeo surgió un disparo, que taladró la plancha de la parte trasera del coche, pero ya el asesino era incapaz de controlar la situación y los dos hombres se enzarzaron en una incómoda lucha para dirimir la supremacía.

Lorena no fue una simple espectadora de la pelea, sino que tomó parte activa dedicándose al conductor. Y lo primero que hizo fue pisar el acelerador, obligando al conductor a una mayor atención para dominar el vehículo.

Al mismo tiempo, las manos de la muchacha pugnaron por apoderarse del volante. Luego quitó el pie que pisaba al del hombre y buscó el freno. El motor del coche tuvo una sacudida brusca, que hizo más incómoda la lucha que se sostenía en la parte de atrás.

La carretera en estos momentos bordeaba una altura considerable, junto a los viejos vertederos de desperdicios y el control del auto se hacía cada vez más difícil, con peligro de caer al abismo.

El conductor empujó violentamente a la muchacha, pero ésta se rehízo, y atenazó la garganta del hombre que no podía librarse de la presa sin soltar el volante, con lo que sólo le era posible conducir con una sola mano.

Detrás, la mejor preparación de Mark le había otorgado la primera ventaja. Un buen golpe de derecha había debilitado la resistencia de su adversario, pero enseguida se rehízo por dominar el arma.

Con un brusco golpe, Mark apartó de sí el cañón de la «*Parabellum*» en el momento en que su adversario se proponía disparar. Salieron un par de balas, que rompieron el cristal. Mark dobló la muñeca del rival, y la tercera bala dio fin a la lucha, porque taladró materialmente el pecho del propietario del arma, que en el acto perdió toda la fuerza, y la cabeza se ladeó para quedar inmóvil.

Ya dueño del arma, Mark apoyó su frío cañón a la nuca del Conductor.

—Frena ahora mismo. ¡Ya! —exclamó.

El conductor pisó el freno a fondo, dejando clavado el coche.

Mark se vio empujado hacia atrás. Era lo que pretendía el conductor para darse a la fuga a pie, pero Lorena estaba ya al volante cuando Mark gritó:

—¡Síguele!

El tipo había recorrido unos diez metros y se volvió para disparar.

—¡Cuidado! —Advirtió Mark—. ¡Agáchate!

Un balazo rompió el parabrisas, pero Lorena seguía pisando a fondo, aun sin mirar delante. Mark asomó un instante para disparar a su vez.

El conductor, viendo que el coche se le echaba encima, trató de esquivarlo, yéndose hacia el lado del precipicio. Tropezó con algo y sin poderse sujetar cayó al vacío.

Cuando Lorena y Mark, fuera del coche, trataron de localizarle entre los escombros, no pudieron dar con él.

—¿Crees que habrá muerto? —preguntó ella.

—No es que lo sienta, pero me habría gustado hacerle hablar. ¡Vamos! Despeñaremos el coche. Ayúdame.

CAPÍTULO XIV

Después de un largo trecho a pie se habían sentado en un bar, muy a las afueras del centro. La clientela estaba compuesta, en su mayoría, de camioneros. Algunos de ellos no se recataban de observar a hurtadillas a Lorena que, tras los sucesos y la caminata, aún no había conseguido reponerse. Su alteración daba otro cariz a su llamativa belleza.

—Anoche no me siguió nadie —insistió Mark—. Estoy seguro.

—Mark, te juro que yo no he llamado a nadie. Estoy contigo... De veras, Mark.

—Sí, te creo... Pero entonces, ¿cómo pudieron saber? ¡El taxi!

—¿Qué taxi?

—El taxi que tomé. Parker debió recordar la matrícula. Luego localizó el conductor y... sólo así pudieron saber nuestro escondrijo...

—¡Mark! ¿Qué clase de gentuza es ésa? ¡Dios mío! ¿Es que no vamos a poder estar seguros en ninguna parte?

—Tú, sí. Yo me encargaré de acabar con esto. ¿Conservas el teléfono que te di ayer?

—Sí. Creo que sí. Lo metí en el bolso.

—Bien. Ahora no te muevas. Voy a hablar por teléfono con Parker. Luego decidiré.

Momentos después, Mark se encerraba en la cabina del mismo bar-restaurant de la carretera, y conseguía entablar conversación con el hombre del servicio de información de la Embajada.

Parker se mostró sorprendido.

—Le aseguro, Willer, que no sé de lo que está hablando. Yo no mandé a nadie contra usted.

—Entonces, ¿cómo pudieron saber dónde estaba? ¿Eh? ¡Conteste

a esto, Parker! Sólo usted pudo tomar el número de la matrícula del taxi.

—Eso sí es cierto. Quería saber dónde se hallaba usted, pero le doy mi palabra que...

—No le creo, Parker —cortó Mark—. A menos que usted esté vigilado.

Hubo un silencio, y Mark insistió:

—¿Qué dice, Parker? ¿Va a enseñarme sus cartas? Yo ya le mostré las mías, pero si sigue guardándose un as en la manga, puede que consigan matarme, pero antes me habré llevado a unos cuantos por delante. Empezando por usted. Utilizaré sus mismos métodos. Avise a su amigo Stanley.

—¿Dónde está usted ahora, Willer? —preguntó, de pronto, el de la Embajada—. Quiero hablar con usted.

—Si espera que se lo diga...

—No puedo hablar por teléfono.

—Ya me verá cuando y en el momento que yo considere oportuno. Se ha terminado de dar ventajas. Stanley ya conoce mis métodos. Hable con él y empiecen a rezar porque le aseguro que no me andaré con contemplaciones.

—¡Espere, Willer! Esto puede ser grave. Es posible que esté vigilado. De lo nuestro de anoche sólo hablé con mi hombre de confianza. Puede que nuestra conversación quedara grabada. Ahora deme sólo un número de teléfono. Le llamaré dentro de cinco minutos. Nadie podrá interferir nuestra conversación.

Pero Mark colgó.

Después, al contarle con Lorena, la muchacha dijo:

—Quizá tenga razón ese Parker.

—Sí. Es posible, pero no me fío. Vámonos. Si han localizado este teléfono, podrían encontrarnos.

Mark se hizo con un vehículo aparcado en la explanada contigua a una industria.

—Es la primera vez que robo un coche. Luego llamaré al propietario para decirle dónde lo he dejado. No lo echará de menos hasta la hora de salir del trabajo. Esto nos da ventaja.

Con el vehículo recorrieron los ochenta y cuatro kilómetros que les separaban del pequeño pueblo de Maundront. Eran las diez y cuarto de la mañana cuando divisaron la localidad.

—¿Quién vive aquí?

—Una chica que se llama Georgette. Es la hermana de una mujer a la que asesinaron.

Mark había contado ya algunas cosas sobre el caso en el que estaba envuelto, pero sin profundizar demasiado. Lorena, aunque curiosa, tampoco le atosigaba con demasiadas preguntas, pero poco a poco iba tomando conciencia del asunto.

* * *

Un minuto más tarde, el vuelo Lyon-París tocaba a su fin.

El hombre del traje color crema descendía la escalerilla del aparato en el aeropuerto de Le Bourget. En el mismo aeropuerto alquiló un coche sin chófer.

* * *

Georgette era una muchacha de veinte años, deseosa de abandonar la aburrida vida pueblerina y cambiarla por la ajetreada existencia parisién.

Tuvo una gran alegría al saludar a Mark, a quien parecía conocer de toda la vida.

—Ivonne me habló mucho de ti. Te había descrito de tal modo que eres como yo me imaginaba.

Luego la muchacha cambió su alegría por una profunda tristeza al enterarse de la muerte de su hermana.

—Lo presentía. No sé. No sé cómo explicarme, pero había un misterio en la vida de Ivonne. Hace una semana le mandé una carta, y no me contestó nada de lo que le preguntaba. No he vuelto a saber de ella... Sólo mandó un paquete con un sobre grande. Me pidió que no lo abriera. Que lo guardara por si a ella le ocurría algo o si tú me lo pedías.

Mark pensó que la suerte comenzaba a favorecerle. Luego pidió a Georgette que permitiera quedarse a Lorena.

—No creo que mis tíos tengan inconveniente —dijo la hermana de Ivonne.

La conversación había tenido lugar en el amplio zaguán de la

casa de campo. Magníficas y bien cuidadas tierras de labor rodeaban la finca. Había una cuadra con caballos, disponían de un camión, tractor y un coche, además de una motocicleta y un par de viejas bicicletas.

En aquellos momentos, en la casa sólo estaba la mujer que les ayudaba en los quehaceres domésticos. La tía de la muchacha se hallaba de compras en el pueblo, y el tío, con los jornaleros, había marchado a trabajar en los campos de buena mañana.

—Me gustaría ver ese sobre que te mandó tu hermana —pidió Mark.

La muchacha se interesó en saber cosas y más cosas de Ivonne, y Mark tuvo que confesar que en realidad no la conocía demasiado...

—Pues ella demostraba mucho interés por ti. Yo diría que estaba enamorada.

Mark asintió:

—Sí. Creo que sí.

Luego, Georgette miró a Lorena, que permanecía al margen de la conversación.

—¿Vivías con ella? —preguntó la hermana de Ivonne.

—No. Nos tratábamos. Duró un mes. Puedo decirte que tenía una gran personalidad, pero no supo elegir demasiado bien a sus amistades.

—¿Dices que la asesinaron? ¿Y la policía? ¿No ha descubierto al culpable?

—No lo sé. Pero puedo asegurarte que los que tuvieron que ver con su muerte pagarán.

—Eso no devolverá la vida a Ivonne —murmuró Georgette tristemente, al cabo de un silencio.

Después, Mark, alejado de la casa y junto a Lorena, repasó los documentos que Ivonne había enviado a su hermana.

—Son copias de asuntos secretos. Ivonne presentía algo y quiso protegerse. Éste es muy importante. ¡Es una copia del que habla del barco americano hundido en la costa francesa! Y este otro hace referencia a los misiles... Y notas comprometedoras contra Warren. Esto sirve de poco.

Por fin una carta dirigida a él:

«Querido Mark... —empezaba—. No sé si algún día

llegarás a leer esta carta...».

Luego, hablaba de sus actividades. De Warren. Y había un párrafo interesante:

«Sé que Warren no está solo. Hay alguien importante mezclado en sus asuntos. No me sorprendería que fuese el propio Stanley. Sé que trabajas para él en el asunto Warren. Mi consejo, si a mí me ocurre algo, es que no te fíes de él».

Luego, la misiva tomaba un cariz más sentimental, más íntimo y del todo personal.

«Sé que es absurdo decirte esto ahora, pero debo confesar que me habría gustado conocerte antes, en otras circunstancias. Pero en la vida es difícil elegir los momentos propicios, y a mí me ha sido más difícil que a nadie».

«Quiero que sepas que, durante los últimos días de ese mes que se va a cumplir ahora que nos conocimos, algo ha cambiado en mí...».

La carta proseguía con el mismo tono, y cuando Mark concluyó su lectura, la dobló en silencio.

La peculiar dureza de su rostro se había transformado, y Lorena lo advirtió.

—¿La querías, Mark?

—No lo sé. Creo que nunca llegué a preguntármelo —murmuró.

Luego reaccionó. Había tomado una determinación:

—Regreso a París. Te llamaré cada hora. Si fallo, avisa a mi amigo, al del teléfono que tienes. Voy a hablar con Georgette para que puedas instalarte aquí.

Mark llegó a París alrededor de las dos de la tarde. Era la hora aproximada en que, generalmente, Stanley solía regresar a su

apartamento después del almuerzo.

La casa situada en el *boulevard* Magenta, cerca de la Plaza de la República, disponía de un conserje que estaba permanentemente vigilando, con el inconveniente de que cuando tenía que atender el teléfono, debía hacerlo desde dentro de la vivienda. Mark buscó el número de la conserjería desde un bar situado a media docena de metros de la casa, y llamó para ahuyentar al conserje.

Cuando oyó la voz del hombre de servicio, dijo simplemente:

—Aguarde un instante. Le hablará *Monsieur Duprez*.

Dejó el teléfono descolgado y corrió hacia el portal de la casa, ahora libre de vigilancia.

CAPÍTULO XV

Mark había podido pasar por delante de la conserjería sin ser visto por el encargado.

Cuando estuvo en el piso de Stanley, llamó a la puerta. Como esperaba, no contestó nadie, por lo que, haciendo uso de sus artimañas, improvisó una ganzúa y se aplicó a la tarea de vencer al cerrojo.

Le costó algunos minutos la operación, pero al fin consiguió auto franquearse la entrada.

El ascensor se puso en movimiento. Alguien estaba subiendo, y Mark, una vez en la casa, cerró y a través de la mirilla de la puerta observó para ver si el ascensor se detenía en el piso. El tercero, exactamente.

No. No era Stanley el que llegaba y aprovechó la espera para curiosear por el apartamento.

No había nada realmente importante, pero sí descubrió una caja fuerte, de pequeñas dimensiones, detrás de un cuadro. No tenía marca. Era una de esas cajas corrientes que se instalan en los nuevos o reformados apartamentos para darles mayor sensación de categoría.

Consultó el reloj y pensó que debía llamar a Georgette dentro de treinta minutos. La primera llamada la había efectuado durante el viaje a París. Luego había dejado el automóvil que tomó del aparcamiento de una fábrica, y puso una nota:

«Devuélvanlo al *parking* de Industrias Plumer».

Cuando un guardia viera la nota, probablemente haría las

correspondientes averiguaciones para ponerse en contacto con el propietario.

Ahora Mark, mientras esperaba a Stanley, se entretuvo en intentar abrir la caja.

El sonido de una llave al introducirse en la cerradura le puso alerta. Dejó la caja y se escondió en una habitación contigua a la sala.

Dean Stanley entró en el apartamento y se dirigió directamente a la sala, en busca de la mesita donde tenía varias botellas. Eligió una de Courvoisier y un vaso.

Se sirvió una generosa ración de coñac y se dispuso a beberlo de espaldas a la puerta tras la que se había escondido Mark.

Stanley no pudo ingerir a gusto su ración de coñac. La copa se le escapó de las manos cuando recibió el primer impacto de su compatriota, que le mandó contra la mesa de botellas. Cayeron éstas, pero no Stanley que, cuando intentaba sacar su revólver, Mark le había levantado con la zurda para obligarle a dar una voltereta después de haberle aplicado una contundente llave.

Sin darle un respiro, se lanzó contra él y a horcajadas sobre su cuerpo le desarmó, tirando lejos el arma.

Stanley, que ya había demostrado su sapiencia en cuestiones de lucha, se liberó limpiamente de Mark, con un medido y doloroso empujón y golpe, casi seguidos.

Se apresuró el de la CIA a recobrar el arma, pero Mark se lanzó contra sus piernas como no lo mejoraría un jugador de fútbol americano.

Cayeron ambos, y Stanley, con mayor ventaja, intentó aplicar un bien calculado golpe a su rival, pero Mark esquivó a tiempo y pasó al contraataque, poniéndose en pie de un salto y a continuación, con ambos pies por delante al mejor estilo judoka, alcanzó a su aventajado rival, que fue contra la pared para perder el equilibrio y quedar sentado en el suelo... muy cerca de la pistola.

Trató de alcanzarla, pero el pie oportuno de Mark lo impidió a tiempo.

—¡Vamos, cerdo! —bramó Mark, furioso—. Si quieres matarme, hazlo cara a cara. ¿Dónde están tus redaños?

Stanley miró, lleno de odio, a su contrincante, pero no perdió la serenidad, clave de tantas situaciones resueltas a su favor. Se

incorporó lentamente, midiendo sus siguientes movimientos, pero Mark, dispuesto a no darle tregua, quiso atacar de nuevo, y éste fue su error, porque Stanley, ligeramente repuesto de los primeros golpes, tenía preparada la contrallave que arrancó un grito de Mark al sentirse volteado y arrojado lejos.

Su rival perdió un par de segundos preciosos al intentar dar con el arma.

Mark, con menos técnica, pero más efectividad, saltó desde el rincón donde había caído, y su embestida alcanzó de lleno al de la CIA, que cayó de espaldas.

Mark le golpeó brutalmente el rostro y la cabeza y luego tirando de él, le obligó a enderezarse para soltarle dos demoledores directos en el abdomen. Un gancho de izquierda le mandó contra la puerta de la terraza, cuyos cristales rompió.

Pero Stanley era fuerte y medio aturdido como estaba, aún era capaz de presentar batalla. Mark lo sabía, pero esta vez se le aproximó con tacto y las manos dispuestas a una contrallave.

La lucha aún no había terminado y en ella todos los sistemas eran válidos, judo, *jiu-jitsu*, karate, lucha, boxeo...

—¡Vamos, superhombre! Ya le advertí a Parker. Desde ahora voy a utilizar mi sistema... Tú, buscándome por toda Francia y yo en tu casa... ¡Vamos, ataca!

Le provocaba para hacerle fallar. Saltó hacia él y ambos quedaron frente a frente.

Stanley hizo un amago. Mark preparó el contragolpe, pero el de la CIA consiguió lanzarle contra la barandilla. Entonces quiso remachar la suerte, pero Mark se apartó a tiempo golpeando a su rival, que lanzó un grito llamando la atención de algunos transeúntes.

Mark se volvió un momento. Stanley tomó impulso para pasar al ataque, pero esta vez calculó mal la reacción de su antagonista. Mark se apartó y el de la CIA saltó por encima de él, cayendo al vacío.

Un grupo de gente se arremolinó en torno al caído, tras estrellarse en la acera. Se oyeron algunos gritos.

Mark salió rápidamente de la casa y subió al tejado para huir a través de las otras azoteas.

A lo lejos sonaba la sirena de la policía.

Entre la pelea y la huida habían transcurrido más de veinte minutos, y ahora Mark necesitaba un lugar para hallarse seguro.

Más sosegado, desde una cabina, llamó a Parker. Cuando obtuvo respuesta, dijo lacónicamente:

—Ya he empezado, Parker. Stanley en estos momentos va camino del depósito.

—¡Espere, Willer! —exclamó el del servicio de Información—. Tengo lo que busca... Lo del barco americano hundido en la costa mediterránea es cierto. Sabemos que Stanley facilitaba a Warren información veraz. Pero si usted le ha matado...

—Se ha matado él mismo, en un exceso de celo. Saltó por el balcón, en el transcurso de una lucha. Luego me ocuparé de usted.

—¡Escuche Willer! Estamos de su parte, y queremos que nos diga todo lo que usted sabe. Warren y su gente están en nuestro poder, pero quedan otros miembros. Esto es serio, Willer. Usted conoce a esa gente, y es el único que puede delatarles. Ahora, su vida correrá más peligro que nunca.

Mark meditó unos instantes.

—Está bien, Parker. Llámeme dentro de diez minutos al número que voy a darle. Y venga solo. ¿De acuerdo...?

—Tiene mi palabra.

Mark le dio entonces el número de teléfono del Bar Topaze. Con el Metro, llegaría poco más o menos en el mismo tiempo señalado.

Cortó la comunicación. Por un instante, pensó que debía llamar a Lorena, pero tenía el tiempo justo, y presentía que el final estaba cerca.

Durante el trayecto de Metro, pensó en lo que había dicho Parker. «Los otros implicados».

Mark no conocía a más gente que algunos de los esbirros de Warren. ¿A quién se había referido, pues, Parker?

Pensó en Laforet —el jefe de Lorena— y también en aquel misterioso Marcel; pero él no conocía a ninguno de los dos.

Cuando salió del Metro, buscó suelto en su bolsillo y, desde la misma estación, marcó el número de Fierre.

Su joven colaborador mostró alegría, al reconocer su voz:

—Ya era hora que dieras señales de vida. Comenzaba a preocuparme.

—Hay un montón de cosas que ya te explicaré, Pierre. No he

podido llamar antes.

—Oye, yo también he encontrado algo. Un recorte que se publicó hace cosa de cuatro meses a modo de rumor; por lo visto, se le echó tierra al asunto... Se trata de un naufragio. El rumor capta la posibilidad de que el barco estuviera cargado de gases venenosos. Puede que los rusos vayan detrás de la fórmula de esos gases.

—Muy interesante, Pierre, pero ahora esto no es lo más importante. Te necesito en Topaze, pero Con discreción.

—¿Jaleo a la vista?

—Pudiera ser.

—Esto me va. Dime qué tengo que hacer.

Mark le dio unas breves instrucciones y, después, colgó para dirigirse al Topaze, y esperar la llamada de Parker.

CAPÍTULO XVI

Pasaba ya de la hora, y Mark no había dado señales de vida. Para Lorena aquellos diez minutos de retraso eran demasiados, y buscó en su bolso el billete usado de tren donde él había anotado el número de teléfono de Pierre.

Mark estaba en el bar, y conversaba con Parker que, en esos momentos, le decía:

—Podemos hablar libremente, Willer. Le llamo desde una cabina pública. Nadie puede oírme. —Y Parker decía la verdad.

—Bien, entonces nos veremos en el Bar Topaze. —Le dio las señas de la calle, y le reiteró su deseo expreso de que fuera absolutamente solo.

—Descuide, Willer. No tengo por qué mentirle. Ya le he dicho que estoy de su parte. Su colaboración me interesa.

Cuando el del departamento de Información colgó el teléfono, salió de la cabina y se dirigió a un automóvil aparcado junto a la acera.

—Bar Topaze —dijo al único ocupante al que dio las señas, y añadió—: Ve delante. Avisa a Clive.

El del coche asintió y, poco después, puso en marcha el automóvil. A través del teléfono del coche avisó a otro compañero, dándole las instrucciones recibidas.

Parker aguardó un par de minutos. Cuando los dos automóviles con su gente hubieron partido, dio el encendido para dirigirse al lugar de la cita.

Por su parte, Mark Willer se había hecho servir un *whisky* al fondo del local, un lugar donde, a través de un espejo, podía ver a quienes entraban, sin que éstos pudieran, a su vez, verle a él.

Aunque llevaba consigo el revólver que había recuperado, tras

librarse de quienes intentaron asesinarle aquella misma mañana, no descartaba la posibilidad de un ataque por sorpresa. Sabía que no bastaba con estar preparado, sino que, además, debía mantener los reflejos en perfecta condición y, aun así, confiar mucho en su buena estrella. En ello le iba la vida.

Aun contando con la colaboración de Pierre, no se sentiría seguro hasta tanto no tuviera el total convencimiento de que el asunto estaba zanjado, y no quedaban detrás de él posibles enemigos.

Su intranquilidad hubiera subido muchos enteros, de conocer las intenciones de los que aún quedaban en el juego.

Porque Mark Willer ignoraba lo que había ocurrido en la casa de campo donde se alojaba momentáneamente Lorena.

Fue cuando Lorena se disponía a telefonar a Pierre para pedir que intentara ayudar a Mark.

La muchacha extrajo el billete del tren del monedero, y miró el número que en él había anotado Mark.

Hasta aquel instante, no se había fijado en la cifra. Al pedir comunicación con la centralita, puesto que el teléfono de la finca no era directo, leyó el número, y sus ojos se dilataron enormemente, al tiempo que un escalofrío recorría su columna vertebral.

¡Ella conocía aquel número!

Para mayor seguridad, consultó su agenda, que llevaba siempre consigo.

Tras la comprobación, ya no cabía la menor duda. Aquel número... el número de Pierre, el que Mark le había anotado para un caso de emergencia, era el correspondiente a Marcel.

¡Marcel!

El hombre que le había pedido información acerca de Mark, era el mismo en quien confiaba el hombre que ahora esperaba ayuda de él, en el bar Topaze.

¡Pierre y Marcel eran la misma persona!

Cuando Mark colgó el teléfono, tras haber dado instrucciones a quien creía su colaborador fiel, Pierre, o Marcel no estaba solo.

El joven colgó el auricular, y se encaró con su visitante para decirle.

—Bueno. Ya sabemos dónde está.

El visitante de Pierre-Marcel era el tipo elegante, de traje color

crema.

—Se ha dado una buena paliza viajando. Estuve a punto de alcanzarle, por poco —dijo el hombre.

—La que falló es Lorena. Ella nos pudo haber ahorrado tiempo. Y ha dejado de comunicarse conmigo. Luego, tendremos que ajustar cuentas con esa gatita enamoradiza.

El del traje claro sonrió, poniéndose en pie al mismo tiempo que Pierre-Marcel. Luego dijo:

—Has tenido muchos fallos. Primero, en el tren, luego los tipos que mandaste a ese pueblo, y los de esta mañana. O contratas gente muy mala o has subestimado los auténticos méritos de Mark Willer.

—Willer es inteligente. No cabe duda, pero todo el mundo es susceptible a cometer errores. Ahora mismo, por ejemplo. Sabemos dónde encontrarle, y esta vez no fallará.

—Tú le tuviste cerca, muy cerca, según me contaste. También erraste una vez.

—Sí —recordó—, cuando salía del teatro, después de la entrevista con Stanley. El me ordenó que lo liquidara, pero aquello estaba muy oscuro. Le vi caer, y pensé que ya estaba libre. Luego, cuando fue a verme, tuve que dominarme para no lanzar un grito...

—¿Por qué no le mataste, cuando le acompañaste a la estación? —inquirió el del traje color crema.

—Primero tenía que averiguar lo que sabía. Después del primer fallo, Stanley quiso que, antes de quitarle de en medio, supiéramos si había hablado con alguien del asunto... Luego, en el bosque de Bolonia, en el momento más propicio, aparecieron una pareja de policías. Después... —Pierre vaciló y su visitante, con una sonrisa, atajó:

—Di mejor que tenías miedo.

—Estaba nervioso, pero me las arreglé para que lo quitaran de en medio en el tren. También debía procurar protegerme a mí mismo. Compréndelo.

—¿Y ahora... quién esperas que haga el trabajo?

—Yo. Te demostraré que no soy un cobarde.

—¿Dónde vamos?

—Al Topaze. Está cerca de aquí. ¿Dispuesto?

—Dispuesto. —Y con un ademán, el del traje color crema le cedió el paso.

En la casa de campo, Lorena, desesperada, no sabía a quién acudir para salvar a Mark.

De cualquier forma, ya era demasiado tarde para avisarle.

CAPÍTULO XVII

Mientras esperaba, Mark pensó que era un buen momento para hablar con Lorena, y pidió a un camarero que le llevara uno de los teléfonos portátiles que estaban a disposición de los clientes.

El empleado le pidió un momento de espera y, poco después, se presentó con el aparato, que conectó al enchufe situado en el suelo.

Como no sabía el número, tuvo que pedirlo a la central. Mientras esperaba que la operadora se lo facilitara, vio aparecer a Pierre. Observó que venía solo, porque no podía ver al del traje color crema, ya que éste quedó fuera para entrar por separado, unos segundos más tarde, y ocupar un lugar en la barra.

—Un momento, señor —le decía la operadora—. Estoy buscando el número.

—Déjelo —replicó Mark, pensando que era más interesante la llegada de Pierre, que fue directamente a la mesa donde esperaba encontrar a Mark.

Le saludó con una sonrisa que parecía de lo más natural, pero no se sentó.

—Tenemos qué marcharnos, Mark. Es importante. Corres peligro.

—Ya sé que corro peligro —repuso Mark, con aparente tranquilidad.

—Es más serio de lo que imaginas —insistió Pierre, con ánimo de sacarlo del bar.

—Siéntate un momento. Ahora no puedo irme. Espero a alguien. La información de Mark le desconcertó ligeramente.

—¿A quién?

—A Parker. Dice que está de mi parte.

—Pero ése está con Stanley... —empezó Pierre.

—Stanley ya no puede hacer daño a nadie. Ha muerto por fin.

Pierre palideció.

—Vamos, siéntate.

Pierre miró hacia el espejo. El del traje crema estaba sentado en la barra, sin demostrar ningún interés por lo que ocurría en el fondo, pero su diestra palpaba la dureza de la culata del arma que llevaba oculta entre la camisa y la chaqueta veraniega.

—De todos modos, debemos irnos. Y más ahora. No debes fiarte de Parker.

—No me fío de la CIA entera. Tú lo dijiste. Está desacreditada, pero está regida por hombres y, aunque el mundo entero esté podrido, todavía quedan ejemplares de los que uno puede fiarse...

Pierre sonrió forzosamente.

—Yo creo que deberíamos...

—¿Por qué estás tan nervioso? Anda. Siéntate en otra mesa, y observa. Si ves algo anormal, no vaciles en sacar el revólver.

Pierre se palpó torpemente el bolsillo y se dio cuenta que no lo llevaba.

Por un instante, pensó en sacarlo y apuntar a Mark, obligándole a salir, pero necesitaba cubrir las apariencias. En aquel bar, todos los empleados le conocían. Dudó, mientras el sudor recorría su frente.

Por fin, se sentó tímidamente.

—Voy a beber un *whisky*. Creo que lo necesito.

Pero Mark no llamó al camarero. Miró a su amigo, y luego, a través del espejo, echó una ojeada a la barra. Estaba bastante concurrida. Últimamente, habían entrado un par de hombres por separado, que parecían no tener ninguna prisa. Observó, también, al del traje color crema, que ahora hablaba con el camarero, quien le indicaba la puerta de los servicios.

Tuvo que pasar por delante de ellos, a los que miró sin demasiado interés.

La mirada de dos de los hombres de la barra había seguido, por unos momentos, la trayectoria del individuo del traje color crema.

Mark lo observaba todo con interés, pero volvió la atención a cada vez más nervioso Pierre.

—Es raro que a ti no te hayan molestado. Tenían que saber que estuve contigo, después de haberme librado del primer atentado.

Tenían que saberlo porque lo intentaron nuevamente en el tren. Y luego, en el hotel cerca de la frontera suiza, donde estuve alojado por una noche... La cuarta vez fue esta mañana, y quisieron liquidar también a la muchacha que estuvo conmigo ese último par de días...

Pierre no contestó.

—Los dos últimos atentados son bastante claros, y, por supuesto, el primero. Stanley tenía prevista mi muerte, que falló. El del hotel lo provocó mi compañera de viaje, al informar a alguien de dónde nos hallábamos. La muchacha me confesó, después, que no esperaba que sus informes pudieran ocasionar la muerte de alguien, y se pasó a mi bando. Esta mañana ha podido comprobar que ella también está designada como víctima... Bien, como te decía, tres de los intentos para librarse de mí no son nada misteriosos, pero el segundo... El del tren, he pensado muchas veces en él. ¿Quién, aparte de ti, sabía lo que yo iba a hacer? Ni siquiera yo sabía dónde iba a dirigirme, pero el asesino iba en el tren. Sólo tenía que comprar un billete para cualquier estación de la ruta, apuñalarme y saltar con el tren en marcha.

Pierre no podía resistir la reluciente mirada de su compañero.

Mark insistió:

—Algunas veces he pensado un nombre y lo he borrado instintivamente de mi imaginación. Luego, he pensado en ciertas palabras... «Lo que sabes aumentaría el desprestigio de la CIA». ¿Por qué, Pierre? Si lo que sabía, lo que había leído en los documentos secretos era cierto, lo único que ponía al descubierto es que Stanley era también un traidor... Sinceramente, Pierre, si alguna duda me quedaba, tu nerviosismo la está despejando. Por eso quería tenerte a mi lado... Tú eres Marcel, ¿verdad?

Pierre metió rápidamente la mano derecha en el interior de su chaqueta, pero Mark le estaba ya encañonando.

El hombre del traje color crema asomó por la puerta de los servicios.

CAPÍTULO XVIII

Nadie había advertido la situación. Mark, con el revólver apuntando la cabeza de Pierre, había desarmado, en rápido movimiento, a su colaborador.

El único testigo aparente de la escena era el del traje color crema.

Pierre esperaba que su compinche actuara rápidamente, y trató de distraer la atención de Mark.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—Esperar —dijo, sonriente, Mark.

Era la suya una sonrisa dura, desabrida. Reflejaba el desprecio que sentía en su interior, el odio hacia el traidor que tenía enfrente. Traidor a su amistad, porque si algo repudiaba Mark Willer era la mentira, la falta de sinceridad, la hipocresía, y ahora se hallaba delante de todo aquel cúmulo de defectos que tanto despreciaba.

El del traje color crema se aproximó, con la mano en el interior de la chaqueta. Pierre, en un arrebato, gritó:

—¡Dispara! ¡Acaba con él, Antoine!

El llamado Antoine separó las manos del cuerpo, y sonrió a Mark.

—Yo me ocuparé de él, señor Willer. Mi nombre es Antoine Marquand. Hace tiempo que voy detrás de Marcel Leduc. ¿Le conocía usted por ese nombre?

—¿Para quién trabaja usted? —inquirió Mark.

Dos de los hombres que estaban en la barra se aproximaron al llamado Antoine. Ambos trabajaron para Parker. Uno de ellos era el mismo que poco antes había recibido instrucciones del hombre del Servicio de Información. Fue el que habló:

—Trabajamos para Parker. El señor Marquand, además, lo hace

para el Gobierno francés.

—Fuga de capitales —explicó el del traje crema—. Se sospechaba de un tal Laforet. La casualidad nos puso sobre la pista de unos francos y, siguiendo esa pista, nos llevó a saber que Dean Stanley era amigo de Laforet. Como Stanley es súbdito americano, hablé con Parker, y éste me pidió que obrara con tacto, porque le extrañó bastante que un miembro de su sección tuviera tanto dinero como para sacarlo del país.

El de la CIA que había hablado antes, concretó:

—Parker comenzó a sospechar de Stanley, cuando usted entró en escena. Teníamos que vigilarle, pero usted es muy escurridizo, señor Willer.

Y Antoine concluyó:

—Parker arregló las cosas para que yo apareciera como un hombre dispuesto a todo, por dinero. A los ojos de Laforet, pasé como amigo, y Laforet me mandó a Marcel, que era quien servía de enlace. Así estuve siguiéndole desde que desapareció de París, pero usted se me anticipó siempre. Pensé que la única forma de encontrarle era volver al lado de Marcel, y esperar a que usted diera señales de vida.

—Pues otros ya me encontraron antes —repuso Mark, refiriéndose a los que atentaron contra su vida.

Y Antoine con una sonrisa, adujo:

—Afortunadamente, puede contarlo.

En ese momento hizo acto de presencia Parker. Iba solo. Claro. Su séquito estaba ya dentro.

Sus hombres, junto con Antoine, se llevaron a Pierre, y cuando uno de sus guardaespaldas le preguntó:

—¿Quiere que me quede?

Parker negó con la cabeza, halagando a Mark Willer:

—Estoy convencido de que no hay necesidad. Willer es de los que juegan limpio. La clase de hombres con los que me gusta tratar.

—Si piensa hacerme alguna proposición, pierde el tiempo. Ya he pasado por una experiencia... gratis.

—Hablando de dinero —intervino Antoine—. Usted sabe el paradero de cierta maletita, con un puñado muy respetable de francos... ¿Me equivoco?

Mark pensó algo, de repente.

—¡Claro! Casi se me había olvidado... Se la devuelvo, a cambio del dinero que me debe Stanley. El ya no podrá pagármelo jamás.

Antoine, tras un intercambio de miradas con Parker, murmuró, encogiéndose de hombros:

—Yo no sé el dinero que hay en esa maleta, señor Willer. Y si Parker opina que es usted un hombre honrado...

La continuación de la frase parecía ser: «Coja lo suyo y devuelva el resto».

Y si no era ésta la continuación, Mark pensó hacerlo.

—Hay otra cosa, señor Marquand... El hermano de cierta muchacha amiga mía. Está esperando un juicio, por una falsa acusación. Laforet es quien presenta la denuncia.

—Arreglaremos eso, señor Willer. —Y el del traje color crema le dejó frente a frente con Parker.

La historia, prácticamente, había terminado.

EPÍLOGO

Mark y Parker, en realidad, ya tenían poco de qué hablar. Con la captura de Marcel Leduc, alias Pierre, las órdenes para la detención de Laforet y los nombres de los pistoleros que mencionó posteriormente Marcel durante el interrogatorio, terminaron con la banda al servicio de un par de agentes dobles, que se fingían enemigos acérrimos, pero que en realidad eran íntimos colaboradores. Ahora uno había muerto: Stanley. Y otro había pasado a disposición de la Superioridad: Warren.

Cuando ya libres de peligro Mark y Lorena podían pasear tranquilamente por las calles de París, el americano explicó:

—Hay ciertas detenciones que deben hacerse sin publicidad por razones de Estado. A Laforet, por ejemplo, pueden acusarle de evasión de capitales, y quizá le dejen pronto en libertad.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Si no le acusan de espía, podrán utilizarle para pasar falsa información.

—Hablaste de un barco hundido.

—Sí. Un barco con una carga de gas venenoso. Los americanos pretenden rescatarlo y destruir ese gas. La operación deben llevarla en secreto para no alarmar a la gente. Pero al conocer los rusos la noticia éstos pueden anticiparse para descubrir yo que sé qué cosas... Pero ahora esto ya ha terminado. Se aireó demasiado.

—A veces, cuando pienso en espías —arguyó Lorena—, me digo a mí misma que todas estas cosas ocurren para dar trabajo a tantos agentes secretos.

Mark rió de buena gana.

—No. No te rías. Jamás sospeché que me vería envuelta en un asunto de agentes secretos. ¡Cómo podía yo sospechar...!

Iban camino de la estación.

—¿Has recibido alguna comunicación de lo de tu hermano? —preguntó Mark.

—¡Oh, sí, Mark! No te he dado las gracias...

—No tienes por qué dárme las. Hicimos un trato.

—Todo va por buen camino. Le soltarán esta misma semana. Tienen que esperar a no sé qué trámites.

Tomaron el tren. Iban a recuperar la maleta con el dinero dejada en la consigna de la estación fronteriza.

Aquella tarde, después de comer en el mismo hotel del que tan buenos recuerdos guardaban, Mark fue a buscar la furgoneta que había dejado en el garaje. Allí abrió la maleta, y sacó unos fajos de billetes, que contó despacio.

—Tenía que cobrar en dólares. Como no hay más que francos, me aplicaré el cambio oficial. —Se guardó el dinero que le correspondía, en el bolsillo, y sonrió:

—¿Qué te parece si esta vez pasamos la frontera de veras? ¿Te apetece un viaje de unos cuantos días?

—¿Y el dinero?

—Quedé con Marquand que lo depositaría en un Banco. Todo está arreglado.

* * *

—Mark... Hay algo que no acabo de comprender —dijo ella—. Si Warren y el otro colaboraban... quiero decir si eran espías para la misma causa, ¿por qué Stanley te contrató para reunir pruebas contra Warren?

—Muy sencillo. Stanley cumplía órdenes. Si yo hubiese sabido la verdad desde el principio, me habría limitado a facilitar unas pruebas ambiguas. La CIA, la auténtica CIA, habría actuado proporcionando falsa información a Warren, pero Stanley hubiera estado siempre en posesión de la auténtica. Pero yo actué a mi modo, y entonces ya no hubo forma de que ellos siguieran el juego.

—Complicado mundo éste de los espías y contraespías —repitió la muchacha.

—La ambición también cuenta porque no cabe descartar la posibilidad de que Stanley deseara acabar, de verdad, con Warren

para quedarse amo y señor del negocio, pero, en fin, éste ya es asunto liquidado.

—Sí, sí, pero por poco... Tu sentencia de muerte estaba ya firmada.

—Porque sabía demasiado. Es lógico, pero insisto. Éste es ya un asunto liquidado. Ahora, a vivir. ¡Que ya nos toca!

Lorena, tras iluminar su rostro con una ancha sonrisa, tuvo un pensamiento triste, al pensar en la hermana de Ivonne.

—Prometimos a Georgette que iríamos a buscarla... ¡Pobre muchacha! Me da mucha pena, ¿sabes? Sí, no puedo evitarlo. Tenía tanta ilusión por vivir en París, con su hermana... Ivonne también fue una víctima inocente de esos sucios manejos.

—Claro, ella estaba dispuesta a confesar, que era precisamente lo que Stanley no quería. También sabía demasiado. Por eso la liquidaron. En cuanto a Georgette...

—¡Oh, sí! Iremos por ella —insistió Lorena.

—Una vez en París, se irá olvidando. Conocerá a algún chico y... La vida sigue.

—Sí. Y ahora, todo me parece más hermoso. Me siento más libre...

—Pues celebrémoslo. ¿Qué prefieres? ¿La tranquila y aséptica Suiza, las multitudinarias y calurosas playas españolas o prefieres conocer mi país?

—Los Estados Unidos...

—Bueno. Es un sitio como otro cualquiera. Con dinero, se puede vivir bien en todas partes.

Seguían en la vieja furgoneta.

Dejémosles que decidan su inmediato futuro.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.